

Comentario a

2 PEDRO

Eric Bermejo



Tabla de contenidos

Tabla de contenidos	2
Introducción a 2 Pedro	5
El propósito de la Epístola	5
La vida cristiana: una preparación para el cielo	6
1. Este mundo es temporal	6
2. Más allá de este mundo existe otro mundo mucho más glorioso	7
3. Ese mundo sobrenatural es un reino (2 P 1:11)	8
4. El Señor nos ofrece una participación activa en su Reino	10
La prioridad del servicio (2 Pedro)	13
La prioridad del servicio	13
Dios quiere formar el carácter de Cristo en nosotros (2 Pedro 1:1-5)	19
Introducción	19
¿Por qué tengo yo que ser como Cristo?	20
¿Qué posibilidades tengo yo de llegar a ser como Cristo?	21
¿Con qué recursos puedo contar para alcanzar este propósito?	22
¿Cómo puedo yo crecer en el conocimiento de Dios?	23
Reflexión final	24
Añadiendo virtudes a nuestro carácter cristiano (2 Pedro 1:5-8)	25
“Añadid a vuestra fe virtud” (2 P 1:5)	25
“Añadid a vuestra virtud conocimiento” (2 P 2:5)	25
“Añadid a vuestro conocimiento dominio propio” (2 P 1:6)	26
“Añadid al dominio propio paciencia” (2 P 1:6)	27
“Añadid a la paciencia piedad” (2 P 1:6)	27
“Añadid a la piedad afecto fraternal” (2 P 1:7)	28

“Añadid al afecto fraternal amor” (2 P 1:7)	29
¿Cómo puedo conseguir todo esto en la práctica?	30
Mirando las cosas eternas (2 Pedro 1:9-18)	31
Exhortación a prepararse para la vida eterna (2 P 1:12-15)	32
El cielo es real (2 P 1:16-18)	35
Tenemos la palabra profética más segura (2 Pedro 1:19-21)	38
Introducción	38
La absoluta suficiencia de las Escrituras	38
La absoluta fiabilidad de las Escrituras	39
La absoluta necesidad de las Escrituras	39
Conclusión	40
Advertencia sobre la permisividad sexual (2 Pedro 2:1-22)	41
Los falsos profetas y maestros de la antigüedad	41
Líderes religiosos falsos de la actualidad	44
¿Cuáles son las características de estos falsos profetas?	45
I. La permisividad sexual	45
Falsos líderes espirituales (2 Pedro 2:1-22)	49
“Niegan al Señor que los rescató” (2 P 2:1)	49
Hablan mal de las potestades superiores (2 P 2:10)	50
“Harán mercadería de vosotros” (2 P 2:3)	51
Últimas observaciones	51
El día del Señor vendrá (2 Pedro 3:1-18)	52
Introducción	52
El día del Señor	52
La postura de la falsa ciencia	53
¿Por qué creemos en el Diluvio Universal?	55

1. Porque lo dice la Biblia 55
2. Porque es confirmado por la tradición 56
3. Por la evidencia geológica 56

¿Por qué todavía no ha llegado el Juicio de Dios después de dos mil años?
57

¿Cuál debe ser la actitud de los creyentes frente a estos anuncios? 57

Introducción a 2 Pedro

El propósito de la Epístola

Tenemos delante de nosotros una Epístola pequeña — tan solo 61 versículos —, pero no por eso debemos pensar que no tenga importancia. ¡Todo lo contrario! Se trata de una parte inspirada de las Escrituras, de la que podemos decir sin exagerar, que como creyentes, nuestro futuro eterno dependerá de que aprendamos bien, tomemos en serio y pongamos diligencia en asumir en nuestras vidas las lecciones que el apóstol Pedro nos trasmite a través de estos tres cortos capítulos (**2 P 1:5-8**).

Después de esta afirmación es probable que alguien se pregunte: ¿Pero nuestro futuro eterno no está asegurado desde el momento en que nos convertimos al Señor, y que no hay nada más que podamos añadir? ¿No es verdad que el cielo es nuestro por pura gracia y no por las obras que hagamos? ¿Acaso depende nuestro futuro eterno de alguna cosa adicional que nosotros debamos hacer?

¡Por supuesto! Nuestro derecho a entrar en el cielo es enteramente por la gracia, no por las obras, siempre y cuando seamos de verdad del Señor y hayamos nacido de nuevo. Esto está fuera de toda duda. Pero Pedro está hablando aquí de la clase de entrada que tendremos cuando lleguemos a esas regiones de gloria en la gran ciudad celestial. ¿Será una entrada abundante y generosa?

(2 P 1:11) “Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.”

Este es sin duda un versículo clave en esta epístola. Ahora bien, para empezar, es imprescindible notar que Pedro está hablando a creyentes, no a incrédulos. El versículo anterior nos lo aclara: *“Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección”* (**2 P 1:10**). Y por supuesto, están incluidos también los creyentes de todas las épocas, entre los cuales estamos nosotros.

Ahora bien, el hecho de que podamos tener una *“amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Dios”*, implica necesariamente que existe la posibilidad contraria, es decir, que si desatendemos las exhortaciones de esta Epístola, nuestra entrada sea escasa y limitada.

Notemos también que dice: *“de esta manera”*, indicando con ello que hay una serie de condiciones claras y muy serias que debemos tener en cuenta, y que dependiendo de nuestra actitud frente a ellas, la forma en la que entremos en el cielo quedará determinada.

Es imprescindible, por lo tanto, que prestemos especial atención a lo que Dios, por medio de su siervo Pedro, nos va a decir, y que pongamos *“diligencia”* en ello (**2 P 1:5**) (**2 P 3:14**). Veamos las frases que el apóstol emplea para enfatizar en nuestras mentes y corazones la importancia de esta necesidad:

(2 P 1:12) “Yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas”

(2 P 1:13) “Tengo por justo... despertaros con amonestación”

(2 P 1:14) “Sabido que en breve debo abandonar el cuerpo”

(2 P 1:15) “Procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas”.

Encontramos aquí a un apóstol Pedro ya viejo y a las puertas de partir para estar con el Señor, pero antes de “abandonar el cuerpo”, siente la intensa necesidad de comunicar a todos sus lectores lo que está en juego, para que ellos no dejen de esforzarse por asegurar su vocación y elección (**2 P 1:10**). Así que nos va a instar a que tomemos la vida cristiana muy en serio, a que pongamos toda diligencia, a que nos disciplinemos durante los pocos años que tenemos aquí en este mundo para formarnos y prepararnos para ese otro mundo celestial y eterno hacia el cual estamos viajando, porque sólo de ese modo podremos participar plena y gozosamente en el glorioso Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Y por supuesto, nuestro propósito al compartir estas notas sigue siendo el mismo. Queremos despertar y estimular a cada creyente a una vida cristiana de más altura, de más entrega, de más disciplina y diligencia.

La vida cristiana: una preparación para el cielo

Este es el gran lema que corre a través de toda la Epístola. Convendría que cada uno de nosotros nos detuviéramos por unos momentos y pensáramos seriamente sobre lo que esto significa, ya que tiene unas implicaciones enormes para nosotros.

Para entenderlo mejor vamos a ver cuatro verdades centrales que Pedro nos presenta en estos cortos capítulos. Tomemos buena nota de ellas, porque será necesario retenerlas a lo largo de los estudios sucesivos.

I. Este mundo es temporal

Esta es la lección del capítulo 3 al terminar la Epístola, pero nosotros la traemos aquí al principio porque es un buen punto de partida que nos abrirá el camino por el que hemos de seguir.

La cuestión fundamental es que el mundo en el cual vivimos no va a durar para siempre; un día desaparecerá totalmente y no quedará nada de él. Nuestros propios científicos nos dicen que en algún momento nuestro sol explotará y se convertirá en una Supernova o Gigante Rojo, y como consecuencia, nuestro pequeño planeta Tierra desaparecerá en llamas, tal como Pedro nos dice aquí. Ahora bien, la enorme diferencia con lo que la ciencia dice, es que esto no ocurrirá por causas naturales dentro de quince mil millones de años, sino que será por una intervención directa de Dios, quien hizo todas las cosas y a quien le pertenecen.

Muchas personas, escuchando sólo lo que dice la ciencia, no se sienten preocupados por algo que va a ocurrir dentro de miles de millones de años, así que no se preparan para tal acontecimiento. Pero como creyentes, sabemos que esto puede ocurrir en cualquier momento, puesto que se trata de un acto deliberado de juicio de parte de Dios contra este mundo rebelde. Y tal como está este mundo, la increíble paciencia de Dios puede estar llegando a su límite, y por lo tanto, sí que hay razones para preocuparse.

Pero este hecho no sólo tendrá consecuencias para los incrédulos, también tendrá enormes implicaciones para los creyentes, al punto que debería afectar profundamente la manera en la que vivimos aquí y ahora. Veamos algunos versículos donde se enfatiza esta verdad:

(2 P 3:11) *“Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir”*

(2 P 3:14) *“Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz.”*

(2 P 3:17-18) *“Así que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza. Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.”*

No debemos olvidar que este planeta en el que vivimos no va a ser permanente, sino que en los propósitos de Dios es visto como una plataforma provisional en donde podemos ser entrenados y preparados para unos horizontes infinitamente más grandes y gloriosos de los que este mundo presente nos puede ofrecer.

Por lo tanto, Pedro nos quiere hacer reflexionar: Si esto es así, si este mundo es temporal, cualquier persona (creyente o incrédula) que hace la principal inversión de su vida en las cosas de este mundo, será verdaderamente necia, porque finalmente lo perderá todo. Y en el caso de que sea creyente, su entrada en el Reino eterno de nuestro Señor Jesucristo, no será ni amplia ni generosa.

2. Más allá de este mundo existe otro mundo mucho más glorioso

No se trata de un mundo natural y temporal como este en el que ahora vivimos, sino que será sobrenatural y eterno **(2 P 1:16-18)**. Un mundo que no puede ser detectado por el ojo humano, ni siquiera con el telescopio más sofisticado. Es un mundo que está fuera del ámbito de estudio de la ciencia, por eso, cuando algunos científicos afirman que no existe, lo que en realidad están expresando son meras opiniones subjetivas que carecen de evidencias objetivas. Ellos hablan de cosas que están fuera de su alcance de investigación, por lo tanto, cuando se pronuncian sobre estos hechos, sólo están hablando por hablar.

Puesto que ese mundo sobrenatural pertenece a otra dimensión muy superior de existencia, sólo podemos saber algo de él si desde allí alguien toma la iniciativa de manifestarse y darse a conocer. Y eso es exactamente lo que ha ocurrido. Dios mismo se ha revelado, y lo ha hecho de varias maneras, pero de forma suprema por la presencia aquí, en nuestro mundo, del mismo Hijo de Dios, quien se hizo hombre. Evidentemente, el Señor Jesucristo no era como el resto de los hombres que han vivido en este mundo, porque de hecho, él venía de ese otro mundo del que estamos hablando. Él mismo lo afirmó en innumerables ocasiones. Veamos un ejemplo:

(Jn 3:13) *“Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo.”*

Durante los años que duró el ministerio público del Señor en este mundo, todas las trágicas consecuencias que el pecado ha producido, fueron transformadas allí donde él estaba. El lamento se convertía en baile, el llanto en risa, y la gente alzaba espontáneamente la voz al cielo para glorificar a Dios **(Lc 5:25) (Lc 7:16) (Lc 13:13) (Lc 17:15) (Lc 18:43)**.

En esta misma epístola que estamos estudiando, en **(2 P 1:16-18)**, Pedro hace referencia a una memorable ocasión cuando él y otros apóstoles estuvieron con Jesús en el monte de la transfiguración, y tuvieron el privilegio de ver con sus propios ojos cómo el velo que esconde de nuestra vista ese glorioso mundo fue descorrido y pudieron contemplarlo. ¡Lo vimos!, dice Pedro, con enorme emoción. ¡Lo vimos con nuestros propios ojos! No estoy hablando de mitos, fábulas o leyendas, os estoy contando lo que de verdad pudimos ver y fuimos testigos.

El Señor ya les había dicho unos días antes que algunos de ellos verían ese otro mundo sobrenatural antes de que murieran:

(Lc 9:27) “Pero os digo en verdad, que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios.”

Pedro fue uno de los que pudo comprobar la realidad de la existencia de ese otro mundo, un mundo que de manera natural no podemos ver porque está en un nivel de existencia diferente del nuestro.

Sin duda Pedro quedó sorprendido por todo lo que vio, pero había un hecho que le llamó especialmente la atención, y era que ese mundo estaba muy cerca del nuestro. No era un mundo a millones y millones de años luz de nosotros. Es un mundo que está aquí y ahora, cercano a nosotros, a nuestro alrededor. Un mundo que nos contempla y desea comunicarse con nosotros. Pedro afirma que oyeron la misma voz de Dios hablándoles desde el cielo (**2 P 2:18**). Sin lugar a dudas Pedro quedó impactado por lo que aprendió en aquella ocasión, y ahora desea comunicárnoslo en esta epístola.

Allí, en el monte de la transfiguración, aprendió que hay dos mundos, no uno solo. Existe un mundo físico, visible, tangible, cercano y atractivo, pero temporal. Un día desaparecerá y no quedará nada de él. Por eso, la persona que vive principalmente para este mundo, que hace la principal inversión de su vida, energías, ilusiones, dones, tiempo y dinero para este mundo, un día lo perderá todo. Y será una pérdida tal, que no se recobrará jamás.

Pero existe otro mundo sobrenatural, glorioso, eterno, invisible y real. Un mundo cercano, interesado en nosotros, con planes increíblemente grandiosos. Vivir ignorándolo sería una tragedia de primera magnitud. La persona que viva principalmente para ese mundo, que haga de él la principal inversión de su vida, será sabia. Tal vez llegue a perder mucho según la valoración humana, pero terminará con una ganancia incomparable y eterna. ¡Eso sí que es ganar!

Esto fue lo que Pedro aprendió aquel día en el monte de la transfiguración cuando el Señor les dijo:

(Lc 9:24) “Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará.”

Puede parecer una enorme contradicción de términos; o pierdes la vida o la salvas, pero eso de que perdiéndola se salva, o que intentando salvarla se pierde... ¿cómo se puede entender eso? Pues la respuesta la encontramos en este pasaje. Aquellos que viven para este mundo acabarán perdiéndolo todo, aunque por el momento parezca lo contrario, mientras que quienes vivan para ese otro mundo invisible y eterno, aunque por el momento parezca que están perdiendo sus vidas, de hecho las están ganando.

Cuando leamos esta pequeña epístola no olvidemos que todos estos pensamientos estaban en la mente de su autor mientras escribía.

3. Ese mundo sobrenatural es un reino (2 P 1:11)

La tercera gran verdad sobre la que esta epístola descansa tiene que ver con la naturaleza de ese mundo hacia el cual estamos viajando.

Inevitablemente nos surgen preguntas: ¿Cómo será ese mundo? ¿Qué haremos allí? Son preguntas lógicas, ya que se nos está exhortando a hacer la principal inversión de nuestras vidas en ese mundo, y eso nos va a costar sacrificio y pérdidas aquí. ¿Valdrá la pena? Por lo tanto, es muy importante que aprendamos bien lo que la Biblia nos enseña en cuanto a ese mundo.

Cuando éramos niños, algunos de nosotros pensábamos en el cielo como si fuera un gigantesco parque de atracciones, donde nos estaríamos divirtiendo todo el día con toda

clase de distracciones nunca vistas en nuestro mundo. Pero cuando dejamos de ser niños y nos hicimos adultos, esa idea ya no nos hacía tanta gracia.

Las personas mayores, cargadas de dolores, tal vez han imaginado el cielo como un gigantesco hogar de ancianos donde podrán descansar todo el día en cómodos sillones de terciopelo celestial, atendidos por ángeles que les ofrecerán té, café o Coca-cola en bandejas de plata. Además, ya no tendrán que trabajar nunca más. Tal vez esa idea pueda ilusionar a algunos, aunque es probable que a muchos otros no les atraiga en absoluto. Al fin y al cabo, con todas las cosas que nos ofrece este mundo presente, pensar en hacer sacrificios para finalmente pasar toda la eternidad en un hogar de ancianos, esto no parece ser un gran aliciente.

Pero la verdad que nos presenta la Biblia es muy diferente. Tal como vemos en **(2 P 1:11)**, el cielo es un reino, *“el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”*. Se trata de una vasta administración, que aun ahora, aunque de una forma velada y misteriosa a nuestro entendimiento, gobierna sobre los inmensos “territorios” de Dios, tanto visibles como invisibles, tanto los que están en el Cielo, como los que están en la Tierra, y también los que están en cualquier otra parte del vasto Universo.

Este es un hecho del cual el rey David no se cansaba de cantar. Por ejemplo en el **(Sal 103:1)**, donde nos dice: *“El Señor estableció en el cielo su Trono, y su Reino domina sobre todos”*.

Esta fue la lección que Nabucodonosor, el rey de Babilonia, la superpotencia número uno de su día, tuvo que aprender. No le resultó fácil, fueron necesarios siete años de dura disciplina bajo la mano de Dios, antes de que entrara en razón y reconociera y confesara: *“El Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere” (Dn 4:32-34)*.

Esto que finalmente reconoció Nabucodonosor es una de las verdades realmente grandes de la Biblia, y que fluye de forma majestuosa e ininterrumpida por todo el variado escenario bíblico, desde su principio en Génesis hasta su fin en Apocalipsis.

Por ejemplo, Jacob tuvo una visión de esa vasta administración celestial en Génesis 28. Él vio cómo millares de ángeles salían continuamente de la presencia de Dios para cumplir diversas misiones, y volvían para rendir cuentas ante el Trono, y recibir nuevas órdenes. Jacob sintió una enorme consternación al ver cuán cerca estaba él del Trono divino desde el que se dirigía toda aquella actividad. De ahí su exclamación: *“Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía. Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo” (Gn 28:16-17)*.

También a Eliseo y a su criado se les concedió ver el ejército de ese reino celestial cuando se encontraban sitiados por el ejército sirio en la ciudad de Dotán **(2 R 6:8-17)**. Y aunque las fuerzas sirias eran poderosas, resultaban insignificantes ante la infinita superioridad de los ejércitos celestiales.

El profeta Micaías relata en **(1 R 22:1-40)** cómo en un momento crítico de la historia del pueblo de Israel, le fue concedido ver al Señor sentado en su Trono rodeado de toda su corte celestial, deliberando sobre qué táctica convendría emplear para poner fin a la desgraciada vida del impío rey Acab, que tanto daño había ocasionado al pueblo de Israel.

En el año en que el rey Uzías murió, dejando su trono vacante después de cincuenta y dos años de gobierno estable, el corazón de muchos estaba preocupado por el futuro de la nación. Fue entonces cuando Isaías vio que el Trono celestial no estaba vacante, sino que el Señor mismo estaba sentado sobre él **(Is 6:1-13)**. Fue entonces cuando entendió

que los eternos propósitos de Dios siguen adelante, seguros e inalterables, a pesar de todas las vicisitudes, cambios, flaquezas y fallos humanos. Además, desde ese Trono se le reveló que nacería un niño de una virgen, y que el gobierno mundial estaría sobre sus hombros, consiguiendo poner fin al caos que por siglos ha vivido este mundo. Por fin, el mundo entero sería restaurado de los desastrosos resultados del pecado, y vuelto a un momento de gloria como era antes de la caída en el pecado (**Is 7:14**) (**Is 9:6**) (**Is 11**) (**Is 25**) (**Is 35**).

El profeta Daniel también tuvo una visión de esa enorme administración celestial (**Dn 7**). Él vio a millares de millares, y millones de millones de seres angelicales reunidos alrededor del Trono de Dios mientras se decidía el curso del gobierno de este mundo terrenal. El rey Nabucodonosor ya había aprendido que *“el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres y lo da a quien él quiere”*. Y ahora, Daniel ve cómo al final de la historia de la humanidad, Dios, el Juez Supremo, decide quitar finalmente el gobierno de este mundo de las manos de sus dirigentes actuales, y ponerlo todo en las manos del *“Hijo del Hombre”*, que no es otro que Jesús de Nazaret.

También en Apocalipsis, el último libro de la Biblia, la visión del Trono de Dios llena el capítulo 4. Y más adelante, en (**Ap 11:15**), vemos cómo por fin, *“los reinos de este mundo llegan a ser de nuestro Señor y de su Cristo, y él reinará por los siglos de los siglos”*. Evidentemente, todo esto es como consecuencia de que el Trono de Dios en el cielo nunca ha quedado vacante a través de los siglos. Dios nunca ha abdicado de su poder ni ha abandonado sus propósitos para este pequeño planeta Tierra y sus moradores.

Por lo tanto, aprendamos bien esta lección. El Reino Celestial hacia el cual nos dirigimos, no es un estado meramente contemplativo, estático e inútil, como tantas veces lo han pintado los artistas profanos. Cuadros de figuras patéticas de pie sobre nubes que parecen de algodón, vestidas de blanco como monjes y con aureolas mal ajustadas sobre sus cabezas, los ojos en blanco, las caras vacías, y sin nada que hacer a parte de flotar interminablemente por el espacio infinito. ¡Nada podría estar más lejos de la verdad!

Insistimos en que ese mundo sobrenatural es un Reino glorioso, grandioso, extenso y más activo que cualquiera de los grandes imperios que han aparecido brevemente en la historia de nuestro mundo.

Se trata de una vasta administración que ofrece ilimitadas oportunidades para la plena realización de los anhelos más profundos y genuinos del espíritu humano. Algo que ninguno de los reinos, imperios, sistemas políticos o corporaciones multinacionales ha podido hacer nunca. Ese Reino eterno será así porque hemos sido diseñados y creados para cosas mayores, para unos horizontes más elevados que los que este mundo nos puede ofrecer.

Y esto nos conduce a la cuarta gran lección de esta Epístola

4. El Señor nos ofrece una participación activa en su Reino

Pedro se refiere a esto cuando habla de la posibilidad de una *“amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”* (**2 P 1:11**).

Ya hemos considerado que hay un Trono en el cielo que siempre ha reinado a través de toda la historia de la humanidad. Hemos visto también que Pedro y otros apóstoles tuvieron la ocasión de ver un anticipo de la gloria de ese reino celestial que se manifestará en toda su plenitud en la Segunda Venida del Señor (**2 P 1:16-18**).

Ahora vamos a ver que nuestro Soberano Señor desea, y se ha propuesto, que nosotros un día colaboremos con él en la administración de su vasto y glorioso Reino.

Sin duda, esto parece algo demasiado grande para creer, pero no olvidemos que ese fue el propósito original de Dios al crear al hombre según vemos en Génesis 1 y 2. Él quería que el hombre fuera su virrey en esta planeta Tierra, administrando todo en su Nombre y en comunión con él, desarrollando sus inmensos recursos y convirtiéndolo todo en un glorioso Paraíso para la gloria de su Creador y el beneficio de toda la humanidad, inspirándose para ello en el ejemplo maravilloso que Dios mismo había creado en Edén.

Está claro que todo esto era una preparación para algo mucho mayor. No olvidemos las palabras de **(Ec 3:11)**: *“Dios puso eternidad en el corazón de los hombres”*. Además, Dios no sólo nos creó con una dimensión de eternidad, también nos hizo seres espirituales, de tal manera que nunca podremos quedar totalmente satisfechos con este mundo material. Fuimos creados para horizontes mucho más elevados. ¿Cuáles?

En este sentido es interesante considerar el caso de Enoc **(Gn 5:24)**. El texto bíblico nos dice que *“caminó Enoc con Dios y desapareció, porque le llevó Dios”*. Esto prefigura el traslado de millones de creyentes que serán llevados de este planeta a ese otro mundo del que estamos hablando y para el que hemos sido creados.

Por lo tanto, como venimos diciendo, este mundo presente fue diseñado y construido por Dios para que fuese una plataforma provisional en la que podamos entrenarnos y prepararnos para una esfera de servicio de mucha más envergadura cuando ya estemos en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Ahora bien, todos sabemos que aquel propósito original se vio frustrado por causa de la desobediencia de nuestros primeros padres. La entrada del pecado sirvió para que el diablo se estableciera aquí como el *“príncipe de este mundo”*, y ya sabemos que su política es diametralmente opuesta a los propósitos de Dios y de su Reino.

¿Qué diremos entonces? ¿Ha fracasado Dios? ¿Ha ganado la partida el diablo? ¿Acaso se habrá olvidado o desentendido Dios de su propósito original? ¿Lo habrá dejado por imposible? La respuesta es un no rotundo.

El Salmo 8, inspirado por Dios y escrito por David miles de años después de los eventos descritos en los primeros capítulos de Génesis, saca a relucir nuevamente el propósito original de Dios, haciéndonos ver que Dios no se ha olvidado de él **(Sal 8:4-8)**. Su propósito sigue en pie, y Dios tiene un plan para conseguir llevarlo a cabo finalmente, a pesar del fracaso humano y de la oposición satánica. ¿Cuál es ese plan?

Vayamos ahora a Hebreos capítulo 2, escrito mil años después del Salmo 8. Allí vemos que Dios sigue firme a pesar de los siglos que habían transcurrido. Y para que no haya ninguna duda acerca del alcance de sus planes, nos los explica con total precisión:

(He 2:5) *“Dios no sujetó a los ángeles el mundo venidero acerca del cual estamos hablando, pero alguien testificó en cierto lugar diciendo (Salmo 8), ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?”*

Lo que nos dice aquí es que el increíble propósito de Dios en cuanto a la administración de ese reino eterno, no es que sea llevada a cabo por millares de resplandecientes ángeles, sino por nosotros, seres mortales, nacidos en este pequeño planeta Tierra, pero nacidos de nuevo por la fe en Jesucristo y ascendidos a la categoría de hijos de Dios.

Y ahora nosotros nos encontramos aquí en este mundo durante unos cuantos años, siendo entrenados para ocupar puestos de autoridad en la administración del Reino eterno de Dios.

¿Y cuál es el programa de Dios para conseguir ese propósito después de todo lo que ha pasado? El autor de Hebreos nos lo explica en este extraordinario capítulo 2. Nuestro

mismo Creador se humilló haciéndose menor que los ángeles con el fin de socorrernos a nosotros, seres humanos caídos, pero destinados a reemplazar a los ángeles en la administración de su Reino. Y para conseguir nuestra restauración, él murió en la cruz por nosotros **(He 2:9,16)**. De ese modo asestó un golpe mortal al imperio satánico, librándonos de su funesta influencia y control **(He 2:14-15)**. Y todo ello, con el fin de llevarnos un día de este mundo provisional a ese otro mundo eterno, después de un periodo de preparación y santificación **(He 2:11)**.

En la visión que tuvo Daniel, y a la que antes nos hemos referido **(Dn 7)**, Dios le mostró al profeta cómo el gobierno del mundo entero será quitado de las manos de sus actuales dirigentes y entregado en las manos del Mesías, nuestro Señor Jesucristo **(Dn 7:13-14)**.

Esto no nos sorprende, ya que todo es suyo por derecho propio, puesto que él lo creó en un principio. Y de hecho, es doblemente suyo, por cuanto ha pagado el alto precio de su propia sangre para redimirlo y restaurarlo otra vez.

Pero lo que nos deja realmente boquiabiertos es lo que leemos a continuación en **(Dn 7:22-27)**: *“Los santos recibieron el Reino... el Reino y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo... fue dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán”*.

Ante este plan divino tan increíblemente glorioso, tan extraordinariamente generoso (porque no lo olvidemos: *“¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?”*, Salmo 8), el escritor de Hebreos exclama:

(He 12:28) *“Así que, recibiendo nosotros un Reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios, agradándole con temor y reverencia.”*

¿Cómo reaccionamos frente a este glorioso propósito de Dios para nosotros? Sin duda son pensamientos maravillosos, pero antes de seguir adelante, debemos hacer un alto en el camino y recapacitar bien sobre lo que hemos visto hasta ahora.

La prioridad del servicio (2 Pedro)

En el estudio anterior aprendimos que la vida cristiana es una preparación para el cielo. Llegamos a esta conclusión después de considerar que este mundo es temporal y un día terminará, por lo tanto, no es sabio hacer la principal inversión de nuestra vida en las cosas de aquí. Por el contrario, existe otro mundo, sobrenatural y eterno, que es el Reino de Dios, y en el cual se nos ofrece la posibilidad de participar. Ante esta perspectiva, no sería inteligente dejar pasar la oportunidad de enfocar en él la principal inversión de nuestras vidas.

Hemos subrayado también que, si bien todo auténtico creyente tiene su entrada asegurada en ese Reino eterno del que venimos hablando, sin embargo, no todos tendrán la misma clase de entrada, ni el mismo tipo de participación en él (**2 P 1:11**).

Por lo tanto, debemos hacernos una pregunta fundamental: ¿de qué dependerá el tipo de entrada que tengamos en el Reino eterno de Dios? Y es aquí donde llegamos al tema de nuestro estudio:

La prioridad del servicio

En cierta ocasión, dos de los discípulos del Señor, Jacobo y Juan, se acercaron a él con una petición especial. Ellos querían que cuando estuvieran con él en su Reino, uno se sentara a su derecha y el otro a su izquierda (**Mr 10:35-45**). Lo que evidentemente estaban buscando era asegurarse una posición de privilegio y autoridad en ese Reino.

En su contestación, el Señor les dejó claro que los asuntos de su Reino se conducen de una forma muy diferente de lo que es la costumbre entre los gobernantes de este mundo. Y resaltó como condición indispensable el servicio, un servicio humilde, desinteresado, sacrificado, y sobre todo, espiritual. El mismo Señor se colocó de ejemplo.

(Mr 10:43-45) “Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”

A la vista de estas palabras, sería correcto decir que el que no sirve aquí, tampoco servirá allí. Es por esto que decimos que la vida cristiana es una preparación para el cielo.

Para entender mejor este asunto, miremos la parábola de las diez minas que el Señor contó (**Lc 19:11-27**). Se trata de un hombre noble que se fue a un país lejano para recibir un reino y volver. Este no era un relato extraño para los que le escuchaban. Por ejemplo, unos pocos años antes, Arquelao, el sucesor del rey Herodes, había tenido que ir a Roma para presentar sus credenciales ante el César, y una vez cumplido ese trámite, regresó a Israel para representar allí los intereses de Roma en aquella lejana región del Imperio. Pues bien, volviendo a la parábola, el noble, antes de irse, reunió a diez siervos y les repartió cierta cantidad de dinero a cada uno de ellos, encargándoles que se ocupasen fielmente de sus negocios durante su ausencia, para que al volver, pudiera ver cómo habían prosperado sus intereses en manos de sus siervos. Y efectivamente, cuando el noble regresó, llamó a sus siervos para que cada uno de ellos rindiera cuentas de su servicio.

Sin duda, esta parábola nos está hablando del mismo Señor Jesucristo, puesto que él también se fue al cielo después de anunciar que un día venidero iba a regresar. Y a cada

uno de sus hijos no ha entregado dones por su Espíritu que debemos desarrollar para su gloria durante este periodo de ausencia, no olvidando que un día tendremos que rendir cuentas por ello:

(2 Co 5:10) *“Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.”*

En la parábola vemos que uno de los siervos había tomado muy en serio el encargo de su señor, de modo que se había esforzado mucho y había conseguido aumentar la mina que le había entregado, llegando a producir diez minas. Su señor le felicitó por su fidelidad y le puso a administrar diez de las ciudades de su reino. Podríamos decir, usando el lenguaje de 2 Pedro, que tuvo *“una amplia y generosa entrada en el reino de su Señor” (2 P 1:11)*.

Luego llegó otro de los siervos, y era evidente que se había esforzado menos que el anterior, puesto que la mina que había recibido produjo cinco minas. En todo caso, el Señor le puso a administrar cinco ciudades de su reino. Diríamos que tuvo una entrada menos *“amplia y generosa”* que el anterior.

Y llegó el último de los siervos, y pronto quedó claro que él no había tomado en serio el encargo de su señor. No se había molestado en trabajar para él y no había hecho nada para hacer prosperar sus negocios. No estaba dispuesto a gastar su tiempo y energías en algo que no fueran sus propios intereses personales. En su caso, el noble no le dio ninguna participación en la administración de su reino. Es verdad que no fue echado fuera del reino, tal como ocurrió con los enemigos del noble **(Lc 19:27)**, pero tampoco se le dio ninguna ciudad para administrar, tal como había ocurrido con los siervos anteriores.

Llegados a este punto, no hace falta ser un teólogo de primera fila para darse cuenta de lo que el Señor quiere comunicarnos por medio de esta parábola. Es obvio que el tema de fondo aquí es el Reino de Dios **(Lc 19:11)**, o el *“reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”* al que se refiere Pedro **(2 P 1:11)**.

Otro de los paralelismos claros que encontramos entre esta parábola y la carta de Pedro, es que el Reino no se iba a manifestar en este mundo con todo su poder y gloria de manera inmediata. Primero, tal como ocurrió en el caso del noble de la parábola, el Señor tendría que ir a un *“país lejano”* para recibir el Reino y luego volver. No a Roma, como en el caso de Arquelao, ni a ninguna otra institución humana de nuestro tiempo, sino ante la autoridad suprema del Universo, ante el mismo Trono de Dios. Veamos cómo lo describió el profeta Daniel:

(Dn 7:9-14) *“Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos. Yo entonces miraba a causa del sonido de las grandes palabras que hablaba el cuerno; miraba hasta que mataron a la bestia, y su cuerpo fue destrozado y entregado para ser quemado en el fuego. Habían también quitado a las otras bestias su dominio, pero les había sido prolongada la vida hasta cierto tiempo. Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.”*

La parte final de este pasaje describe lo que ocurrió inmediatamente después de que el Señor Jesucristo ascendiera al cielo desde el Monte de los Olivos cuarenta días después de su resurrección (**Hch 1:9**). Una vez allí él presentó sus credenciales ante el Padre. Sus credenciales como Creador de este mundo (**Ap 4:11**), y las credenciales de su sangre derramada en la cruz para abrir una vía de reconciliación entre Dios y el hombre (**Ap 5:9-14**).

Y tal como hemos leído en el profeta Daniel, sus credenciales fueron aceptadas: *“le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido”* (**Dn 7:14**). Por lo tanto, Dios mismo le invitó a sentarse en su Trono, diciéndole: *“Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”* (**Sal 110:1**).

Notemos bien en esta última referencia que cuando dice *“hasta que”*, se está refiriendo al día de su retorno en poder y gloria para establecer aquí su Reino sobre todas las naciones del mundo (**Hch 2:34-35**) (**Hch 3:19-21**).

Ahora, durante su ausencia, tal como enseña la parábola, nosotros sus discípulos, tenemos una responsabilidad muy seria e ineludible. El mismo Señor, antes de marcharse al cielo, nos dejó instrucciones muy claras para que todos los que decimos ser miembros de su Reino por habernos rendido a él reconociendo su señorío en nuestras vidas, trabajemos concienzudamente y con un ánimo vivo en los negocios de su Reino y a favor de sus intereses.

Notemos bien cómo el Señor, al comenzar su ministerio público, estableció el principal deber de todo ser humano en esta vida: *“Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás”* (**Mt 4:10**). Y hacia el final de su ministerio, volvió a lanzar un reto similar a sus discípulos: *“Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará”* (**Jn 12:26**).

El apóstol Pedro nunca pudo olvidarse del encargo que personalmente recibió del Señor unos pocos días antes de que se fuera a *“un país lejano”*: Si me amas de verdad, le dijo el Señor, alimenta y pastorea mis ovejas y mis corderos (**Jn 21:15-19**). Y esto es lo que Pedro hizo durante el resto de su vida, y de hecho, cuando escribió sus dos epístolas, todavía lo seguía haciendo con gran efecto. Y por supuesto, este mismo encargo que el Señor le hizo a él, ahora nos lo transmite también a todos nosotros en este día. Por un lado se dirige a los ancianos de las iglesias (**1 P 5:1-4**), pero también exhorta a todos los creyentes para que estemos activos en las cosas del Señor, sirviéndole de acuerdo con el don que hemos recibido del Señor, *“como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”* (**1 P 4:7-11**).

En esta misma línea se encuentra también el apóstol Pablo cuando nos exhorta diciendo: *“En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor”* (**Ro 12:11**).

Hermanos y hermanas, ¡cuán necesaria resulta esta exhortación! ¡Cuántas cosas hay por hacer en la Obra de Dios! Entre los niños, los jóvenes, los adultos o la gente anciana... enseñando, colaborando, animando, visitando, consolando, ayudando, acompañando, aconsejando, hospedando, sirviendo, y mil cosas más. ¡Y cuánta escasez hay de personas dispuestas a arrimar el hombro y comprometerse, sacrificándose a favor del Señor y de su Obra de una forma perseverante! ¿Por qué ocurre esto? Quizá sea porque ya no creemos lo que el Señor enseñó en la parábola de las diez minas de Lucas 19, o en lo que Pedro nos está diciendo aquí en su segunda epístola.

Pensemos en el encargo que el Señor les hizo a sus discípulos en el mismo momento en que se marchaba al cielo, diciéndoles que fuesen sus testigos a todo el mundo, hasta lo último de la tierra (**Hch 1:8**). A lo largo de toda la historia del libro de los Hechos de los Apóstoles, vemos que ellos cumplieron con esta comisión con gran entusiasmo, coraje, sacrificio, perseverancia y poder. Y notemos que no sólo los apóstoles, sino que todos los creyentes en general estaban involucrados en la Obra del Señor, considerándola como la cosa más importante de su vida (**Hch 8:4**). Allí por donde iban, en sus hogares, en la calle, en el mercado, en el trabajo, en sus viajes... en cada lugar testificaban del Señor.

Ahora el apóstol Pedro nos dice claramente que nosotros también hemos sido escogidos para servirle en su Obra: *“vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”* (**1 P 2:9**).

En otra parte de las Escrituras, el apóstol Pablo incide en lo mismo: nos convertimos *“para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera”* (**1 Ts 1:9-10**). Y añade en (**2 Co 5:20**): *“somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios”*. Y en (**Ro 12:1**) dice que esto es *“nuestro culto racional”*.

Con frecuencia escuchamos noticias de los radicales islámicos que se entrenan con dureza y están dispuestos a los mayores sacrificios personales con el fin de conquistar ciertos territorios para su causa. Esto nos debe hacer reflexionar, porque si ellos están dispuestos a dar sus vidas por una causa meramente terrenal, ¿cuánto más deberíamos estar dispuestos nosotros los creyentes a entregar toda nuestra vida en servicio al Señor y a nuestros semejantes por la causa del eterno Reino de Dios?

Volviendo a la parábola de las diez minas, vemos que la ausencia del hombre noble sirvió para poner a prueba tanto la fidelidad de sus siervos hacia él, como su capacidad de administrar los asuntos de su reino.

Por supuesto, esa capacidad de administrar los bienes del Señor, se iba perfeccionando día tras día en aquellos siervos que tomaron en serio la obra de su señor y trabajaron diligentemente en sus negocios.

Y del mismo modo, el periodo de ausencia de nuestro Señor Jesucristo, es también un periodo de prueba para nosotros, donde debemos demostrar nuestra fidelidad hacia él y desarrollar nuestra capacidad de administrar los asuntos de su glorioso Reino eterno. Y esa capacidad se irá perfeccionando cada día si tomamos en serio la Obra del Señor y trabajamos con perseverancia en ella.

Todos nosotros debemos reflexionar sobre este asunto y hacernos cierta pregunta importante: ¿Qué estoy haciendo para la Obra del Señor y sus intereses en este mundo?

Alguien podría contestarse a sí mismo: Yo voy a todos los cultos y pongo mi diezmo en la ofrenda, ¿qué más quiere Dios de mí? Bueno, nadie discute que esto es importante, pero en todo caso, eso está muy lejos de lo que el Señor espera. Dios espera de nosotros una actitud más activa, no conformarnos simplemente con calentar el asiento, sino practicar lo que aprendemos.

Alguien contestará que todavía es demasiado joven, que estas cosas están muy bien para la gente más mayor. Los jóvenes tenemos derecho a gozar de nuestra juventud con libertad, viviendo a nuestro aire. Ya veremos más adelante... Pero no habría que olvidar que cualquier persona que le acepta como Señor, se compromete a vivir fielmente para él,

sin importar la edad. ¡Y cuántas ventajas hay cuando se comienza a sembrar en los asuntos del Reino de Dios desde la juventud!

Alguien puede contestar: Cuando me jubile, entonces tendré tiempo y oportunidad para dedicarme a las cosas del Señor, porque ahora estoy demasiado entregado a mi trabajo y me absorbe todo el tiempo... Pero, ¿cómo sabemos que llegaremos a viejos? Además, la experiencia de muchas personas es que llegan a esa etapa de sus vidas tan quemados y gastados que apenas queda ya nada más que ofrecerle al Señor. Los mejores años se han ido para siempre. La mente no ha sido disciplinada en el estudio serio de la Palabra y ya no logra adaptarse. Las grandes doctrinas del evangelio entran con grandes dificultades y es difícil retenerlas. Y el cuerpo está cansado, ya no añora otra cosa que descansar.

Es interesante volver a considerar la letra de un clásico himno cristiano titulado "Da lo mejor al Maestro":

Da lo mejor al Maestro,
Tu juventud, tu vigor;
Dale el ardor de tu vida,
Del bien luchando en favor.

Cristo nos dio el vivo ejemplo
De su pureza y valor;
Da tu lealtad al Maestro,
Dale de ti lo mejor.

Da lo mejor al Maestro,
Ríndele fiel devoción,
Sea su amor tan sublime
El móvil de cada acción.

Puesto que el único Hijo
Nos dio el Padre de amor;
Sírvele con alegría,
Dale de ti lo mejor.

Da lo mejor al Maestro,
Que incomparable es su amor,
Pues al morir por nosotros,
Dejó su regio esplendor.

Sin murmurar dio su vida

Por el más vil pecador;

Ama y adora al Maestro,

Dale de ti lo mejor.

Antes de terminar este estudio, es importante que tengamos en cuenta una seria advertencia, porque es fácil engañarnos a nosotros mismos en este asunto. La cuestión es que resulta posible estar trabajando en las cosas del Señor, pero en realidad estar sirviéndonos a nosotros mismos. Un engaño tremendamente sutil y fatal.

Por ejemplo, podemos realizar algún trabajo en la iglesia con la música, la escuela de niños, el grupo de jóvenes, campamentos, presidiendo reuniones o predicando... y hacerlo porque nos gusta, nos sentimos realizados, porque los demás se fijan en nosotros y nos alaban... Pero cualquier cosa que se haga para el Señor sin tener una comunión real y consciente con él, buscando genuinamente su guía y su gloria en todo lo que hacemos, carecerá de sentido.

No olvidemos que servir al Señor implica asumir cualquier servicio, grande o pequeño, en el temor de Dios y buscando su gloria, no la nuestra. Implica perseverar en ello en días buenos y en días malos, cuando nos aplauden y cuando nos dejan de aplaudir, cuando nos sentimos realizados y llenos de optimismo, pero también cuando nos sentimos desanimados y con pocas ganas de hacer nada. El que realmente sirve al Señor “no tirará la toalla”. Recordemos las palabras del Señor al profeta Isaías:

(Is 40:28-31) “¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance. El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán.”

Sirviendo al Señor de esta manera tendremos una *“amplia y generosa entrada en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P 1:11)*.

¿Creemos de verdad en estas cuestiones? ¿Qué estamos haciendo para el Señor? ¿Qué podríamos hacer? ¿Qué vamos a hacer?

Dios quiere formar el carácter de Cristo en nosotros (2 Pedro 1:1-5)

Introducción

Hasta ahora hemos visto que la idea central que corre a través de toda la epístola es que la vida cristiana aquí en la tierra es una preparación para el cielo. Es una idea tan importante, y tan olvidada muchas veces, que no haríamos mal en repetírnosla a nosotros mismos cada día, orando al mismo tiempo para que el Señor nos ayude a aprovechar bien cada oportunidad que él pone en nuestro camino para estar cada vez mejor preparados para las inmensas oportunidades que el mundo venidero nos depara.

Ahora vamos a ver otro aspecto que Pedro enfatiza también en esta epístola. Está relacionado con el anterior y tiene que ver con el hecho de que Dios desea formar en nosotros, aquí y ahora, el carácter de ese Reino glorioso al cual nos estamos dirigiendo, es decir, un carácter, una conducta y una manera de ser y vivir que sean consonantes con el que nos encontraremos cuando entremos en el Reino eterno de nuestro Señor Jesucristo.

La lógica de todo esto es incuestionable. ¿Cómo vamos a servir al Señor en su Reino si nuestro carácter y forma de ser chocan con el carácter y forma de ser de allí arriba?

Sin un carácter como el de Cristo, todo lo que pudiéramos hacer, tanto aquí y ahora, como en la eternidad, no pasaría de ser *“metal que resuena o címbalo que retiñe”* (1 Co 13:1), es decir, cosas vacías. Necesitamos un carácter fraguado en la forja del Reino de los Cielos y en la Escuela de Cristo.

Esto lo enseñó el Señor muy claramente al comienzo de su ministerio público en lo que conocemos como el Sermón del Monte (Mateo 5-7). Allí el Señor trazó con pinceladas magistrales cuáles son las verdaderas características de los hijos del Reino, características que Dios desea que se reproduzcan en todos nosotros, *“para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos”* (Mt 5:45). Se trata del mismo carácter de Dios que nos ha sido manifestado en la persona de su Hijo Jesús, y que ahora quiere que se reproduzca también en nosotros.

Leyendo estos capítulos de Mateo no nos queda ninguna duda de que Dios tiene grandes expectativas en cuanto a nosotros: *“Sed pues vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”* (Mt 5:48). Sólo de esta manera nuestro servicio para el Señor será aceptable y eficaz.

Podemos comparar esto con la enseñanza del Señor en el aposento alto (Juan 13-17), cuando estaba a punto de dejar este mundo para volver al cielo. Allí volvió a enfatizar la necesidad que tenemos de que se forme en nosotros un carácter auténticamente espiritual mediante la comunión íntima con él y la limpieza que él efectúa por medio de su Palabra en nosotros. Por ejemplo, el Señor le dijo a Pedro: *“Si no te lavare, no tendrás parte conmigo”* (Jn 13:8). Sólo así tendremos *“una amplia y generosa entrada en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”* (2 P 1:11).

Con todo esto en nuestras mentes, regresamos nuevamente a la segunda epístola de Pedro, y veremos que allí nos encontramos con la misma cuestión. Lo que él nos va a decir es que si un día vamos a compartir con el Señor la administración de su glorioso

Reino, tendremos que aprender a hacerlo ahora en este mundo por medio del desarrollo de un carácter maduro, espiritual y auténticamente cristiano; el mismo carácter de Cristo.

Lógicamente, esto nos lleva a hacernos varias preguntas: ¿Dónde dice que yo tengo que llegar a ser como Cristo? ¿Qué posibilidades tengo de llegar tan lejos? ¿Con qué recursos puedo contar para alcanzar esa meta? ¿Cómo puedo conseguir esto en la práctica?

Estas son algunas de las cuestiones que vamos a abordar a continuación.

¿Por qué tengo yo que ser como Cristo?

La respuesta la encontramos en **(2 P 1:4)**: *“Nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina”*.

Puede que alguien piense que esto ya se cumplió en nosotros el día en que nos convertimos y nacimos de nuevo. Como el mismo apóstol Pedro diría en **(1 P 1:23)**: *“Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre”*.

Por supuesto, al nacer de nuevo, el Espíritu de Dios entró en nosotros y nos comunicó la misma vida y naturaleza de Dios, pero eso no quiere decir que ya no haya nada más que debamos hacer. Por eso, aunque Pedro mismo ya ha dicho que somos participantes de la naturaleza divina desde el momento de nuestra conversión, no obstante, dice ahora, hemos de llegar a ser participantes de la naturaleza divina.

Tal vez alguien conteste que Pedro estaba pensando en gente que todavía no había nacido de nuevo, y en ese caso, les estaba exhortando a convertirse porque de otro modo nunca llegarán a entrar en el Reino de Dios. Pero evidentemente esa forma de interpretarlo no es correcta, puesto que aquí Pedro está hablando a los creyentes **(2 P 1:1-3)**. Entonces, ¿qué quiere decir cuando se nos exhorta a *“llegar a ser participantes de la naturaleza divina”* **(2 P 1:4)**?

Este es un asunto importante al que debemos prestar atención, porque precisamente es aquí donde está la clave para entender todo el capítulo.

Para intentar aclararlo vamos a usar una ilustración. Pedro nos dijo en su primera epístola que al nacer de nuevo somos como niños recién nacidos **(1 P 2:2)**. Ahora podemos pensar en un niño que acaba de nacer. Sus padres lo miran con admiración. Parece un muñequito, pero no lo es; respira, se mueve, tiene vida. La misma vida de sus padres. Y está completo: deditos, uñas, brazos, piernas, cabeza, cerebro, lengua... todo completo.

Ahora pensemos por un momento en el padre de ese bebé. Se trata de un hombre de negocios, dueño de una importante multinacional en la que trabajan miles de obreros. Ese hombre ha estado esperando el nacimiento de un hijo que pueda aprender bien el negocio y le ayude en la dirección de su empresa, llegando un día a heredarla completamente. Así que, cuando le comunican que su hijo ha nacido, corre al hospital emocionado y comprueba que es verdad. Toma el bebé en sus brazos, lo inspecciona, comprueba que está bien y le dice: “Ya era hora, te he estado esperando por muchos años, ahora no podemos perder ni un minuto, tienes mucho que aprender y hacer. El lunes te espero en la oficina a los ocho y manos a la obra”. Por supuesto, el niño le mira sin entender absolutamente nada de lo que su padre le está diciendo; como mucho dirá algo parecido a “gluglú” y se echará a dormir. Y lo mismo hará el lunes, y por bastantes años más.

Sí, es verdad, el niño está completo, pero antes de que pueda ponerse al lado de su padre y dirigir su empresa con él, ese bebé tendrá que formarse, desarrollando sus

facultades mentales y aptitudes para llegar a ser un hombre maduro y capacitado como su padre.

Tendrá que ir dejando la mentalidad y actitudes de niño para aprender a pensar y actuar como un adulto. Tendrá que tomarse la vida muy en serio, estudiando, aprendiendo, disciplinándose y progresando en su carrera profesional. Tendrá que tener siempre delante de sí la meta de llegar un día a estar al lado de su padre colaborando en la dirección de su gran empresa. Y por encima de todo, tendrá que tener una relación muy íntima con su padre, llegando a conocerle y así poder compartir sus pensamientos también.

Y esto es precisamente de lo que Pedro nos está hablando en los primeros versículos de esta epístola. Porque como ya hemos visto, el propósito de Dios es que un día estemos junto a su Hijo como coherederos (**Ro 8:17**), colaborando en la administración del vasto universo que podemos ver, y también del glorioso mundo sobrenatural que todavía no vemos.

Por lo tanto, no se trata de administrar una empresa de este mundo, ni siquiera la más grande multinacional que podamos imaginar, sino del mismo Reino de Cristo.

Ahora bien, para que este estupendo propósito llegue a ser una realidad, en primer lugar es necesario nacer de nuevo, porque sólo de ese modo podremos compartir la misma vida y naturaleza de nuestro Padre celestial. Pero después de esto, tendremos que tomar la vida cristiana muy en serio, y colaborar con Dios a diario con *“toda diligencia”* (**2 P 1:5**) para ir añadiendo a nuestra vida las características y virtudes mencionadas en estos versículos: *“fe, virtud, conocimiento, dominio propio, paciencia, piedad, afecto fraternal y amor”* (**2 P 1:5-7**). El propósito de todo esto es que se vaya formando en nosotros un carácter maduro, el mismo carácter de Cristo.

Y esto es algo que nosotros hemos de hacer: *“Vosotros también, poniendo...”* (**2 P 1:5**). Es verdad que hemos sido salvados por pura gracia, por la fe, sin las obras. No hemos tenido que hacer nada; todo nos fue dado gratuitamente (**2 P 1:3**). Pero para crecer y que se forme en nosotros el carácter de hijos maduros, capaces de asumir los planes que Dios tiene pensados para nosotros, tendremos que esforzarnos mucho, y eso sí que depende en gran medida de nosotros.

¿Qué posibilidades tengo yo de llegar a ser como Cristo?

Cuando nos enfrentamos con la altísima vocación a la que Dios nos ha llamado, y reflexionando en todo lo que implica, es fácil llegar a pensar que eso no es para nosotros: “Tal vez sí lo sea para alguien como el apóstol Pedro o para los otros apóstoles, pero no para mí. Ellos eran hombres excepcionales, con una fe especial; ellos sí que podían aspirar a esas alturas, y quizá haya en nuestro tiempo algunos hombres como ellos, pero definitivamente, yo no soy uno de ellos. Yo soy una persona sencilla, de a pie, sin dones especiales. Siendo realista, aspirar a algo tan grande no es para mí”.

Ahora bien, notemos con atención lo que dice el primer versículo de esta epístola: *“habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra”*. Esto quiere decir que nuestra fe es igualmente preciosa que la suya, es del mismo valor, la misma categoría, los mismos privilegios y posibilidades.

Esta frase que Pedro utiliza aquí tiene ciertas connotaciones políticas. En aquel tiempo, en el Imperio Romano, los ciudadanos se dividían socialmente por clases. Algunos gozaban de privilegios y posibilidades que no estaban al alcance de otros. Pero en la “política” del Reino de los Cielos, no es así, nos asegura el apóstol. Todos hemos recibido

una fe de igual valor, con los mismos privilegios y posibilidades. Es importante enfatizar esto, porque la fe nos abre la puerta a todo lo que la salvación que Dios ha preparado incluye. Y como muy bien exclama el autor a los Hebreos, ¡es una *salvación tan grande!* (**He 2:3**). Así pues, tanto para Pedro, como para nosotros también, todos los preciosos recursos de esta salvación están a nuestra disposición.

Y esto nos lleva a la tercera pregunta.

¿Con qué recursos puedo contar para alcanzar este propósito?

La respuesta la encontramos en (**2 P 1:3-4**). Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad *“nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina”*.

Cuando nacemos de nuevo llegamos a tener en nosotros la misma vida y naturaleza de Dios, una vida llena de vigor y posibilidades. Por lo tanto, potencialmente tenemos todo lo que necesitamos para que se vaya desarrollando y formando en nosotros su mismo carácter, y de ese modo lleguemos a ser hijos maduros y competentes para enfrentarnos con la alta vocación a la que hemos sido llamados (**2 P 1:10**).

Además, tenemos *“preciosas y grandísimas promesas”* que Dios mismo nos ha hecho, y que nos aseguran que su determinado propósito se cumplirá, y un día estaremos al lado de su Hijo administrando sus vastos dominios.

Ya hemos visto algunas de estas promesas en estudios anteriores. Aquí podemos añadir algunas más:

- **(Stg 2:5)** La promesa de ser herederos del Reino.
- **(Ro 4:13,16)** La promesa de ser herederos del mundo
- **(He 12:26-29)** La promesa de un Reino incommovible.

Todas estas promesas, y muchas más que encontramos en las Escrituras, nos han sido dadas para estimular nuestro espíritu y animarnos para hacer firme nuestra vocación y elección.

Por supuesto, Dios es fiel en cuanto a sus promesas, y podemos estar seguros de que él cumplirá su parte en todo lo que ha dicho, de otro modo, su propio carácter quedaría en entredicho, lo cual no es posible. Recordemos algunos textos que afirman esta verdad:

- **(Fil 1:6)** *“El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.”*
- **(Fil 2:13)** *“Dios es el que en vosotros produce el querer como el hacer, por su buena voluntad.”*
- **(Jn 14:13)** *“Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré.”*

Ya tenemos a Dios y a nuestro Señor Jesucristo, lo que es absolutamente primordial, pero ahora es necesario también que nosotros tengamos una intimidad real y creciente con ellos, conociéndoles cada día mejor. Y esto no se puede quedar en la teoría; es necesario que llegue a ser una realidad viva en nuestras experiencias. Veamos el énfasis que Pedro pone en su epístola en este conocimiento personal que debemos tener de Dios.

- **(2 P 1:2)** *“Gracia y paz o sean multiplicadas en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús”*
- **(2 P 1:3)** Todo nos ha sido dado *“mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia”*.
- **(2 P 1:8)** *“No os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo”*
- **(2 P 3:18)** *“Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”*

Volviendo a la ilustración que antes vimos del hombre de negocios, dijimos que él había puesto sus esperanzas en el hijo que acababa de nacer para que un día llegara a administrar toda su empresa, pero vimos que para ello sería necesario que el muchacho creciera y estudiara para formarse adecuadamente a fin de que pudiera hacerse cargo de los negocios de su padre cuando llegara el momento. Pero además de eso, también sería imprescindible que llegara a conocer bien a su padre. A fin de cuentas, era él quien había fundado aquella empresa con una visión de futuro y unos planes en desarrollo. Por lo tanto, tendría que pasar horas con su padre, hablando con él, aprendiendo de él, y conociendo y compartiendo sus pensamientos. Sólo de ese modo podría llegar a colaborar en la empresa de su padre.

Y es exactamente así también en nuestro caso frente a los “negocios” de nuestro Padre celestial. Nosotros también necesitamos estar en la presencia de Dios y conocerle. De otro modo, nunca llegaremos a experimentar un auténtico progreso espiritual en nuestras vidas. Podríamos ir al mejor instituto bíblico del país y sacar el diploma de teología con la mejor puntuación del curso, pero eso en sí mismo será insuficiente, y no logrará producir en nosotros un auténtico carácter espiritual, de hecho, con mucha facilidad, podría llegar a producir el efecto contrario: orgullo, arrogancia y autosuficiencia.

No lo olvidemos: el carácter espiritual que Dios busca se forma y desarrolla primordialmente intimando con las Personas Divinas y conociéndolas.

Por otro lado, la tendencia natural de la nueva vida que tenemos se dirige hacia Dios, añora a Dios, nos quiere introducir a Dios. Y al mismo tiempo, cuanto más conocemos a Dios, esta nueva vida crece, se desarrolla, madura y desea aún más de él. Es así como somos transformados más y más en su imagen **(2 Co 3:18)**.

Pablo deseaba por encima de todas las cosas conocer al Señor **(Fil 3:8-14)**. Esta era la razón por la que había sido salvado. Por lo tanto, deseaba *“asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo”* **(Fil 3:12)**.

Tal como el mismo Señor Jesucristo explicó, el propósito de la vida eterna es, en primer lugar, llevarnos a la presencia de Dios para que le conozcamos: *“Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien has enviado”* **(Jn 17:3)**.

¿Cómo puedo yo crecer en el conocimiento de Dios?

Si mi crecimiento depende de que yo conozca cada vez más de Dios, ¿cómo puedo llegar a avanzar en esto?

La respuesta es que esto se produce por medio de una intimidad creciente con su Palabra. Este es un tema del que el apóstol Pedro trató en su primera epístola **(1 P 1:23)** **(1 P 2:2)** y del que vuelve a tratar nuevamente aquí **(2 P 1:19-21)**.

No hay otra manera. Y esto es así porque la Biblia no es simplemente un libro de texto para aprender mucha teología, teoría o historia. La Biblia es Dios mismo hablándonos desde el cielo. Es Dios dándose a conocer. Fuera de la Biblia no hay otra manera de conocer a Dios.

Y esta es una de las mayores tragedias del pueblo evangélico en la actualidad, porque cada vez nos preocupa menos escuchar la voz de Dios que nos habla a través de su Palabra. Y claro está, cuando no escuchamos la voz de Dios, lo que oímos es la voz del mundo hablándonos por un sin fin de medios. Y no lo olvidemos, el mundo está empeñado en impedir nuestro progreso espiritual.

En cuanto a la importancia de la lectura de la Biblia, no debemos olvidar lo que el Señor dijo: *“Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Jn 5:39)*. Aquí vemos que la principal intención de las Escrituras es llevarnos de la mano para introducirnos al Señor... es contactar con el Señor, intimar con él, oír su voz en lo más íntimo de nuestro ser y vivir.

Porque, como Pedro tuvo que decir: *“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6:68)*. En las palabras del Señor está la vida que necesitamos para capacitarnos para ese mundo eterno... y las necesitamos en abundancia.

Reflexión final

Como hemos visto, tenemos abundantes recursos. Es verdad que la vocación a la que Dios nos ha llamado es muy alta, pero nos ha dejado todo lo necesario para alcanzarla.

No es como aquel joven a quien se le ofrece una beca para estudiar una carrera en la Universidad de Harvard. Sí, no tendrá que pagar por estudiar allí, pero carece de los recursos para viajar hasta allí, tampoco tiene dinero para costearse los cuatro años de alojamiento, la comida, los libros... Ahora bien, todo cambia cuando alguien con grandes recursos se ofrece a cubrir todos sus gastos. Y entonces le dice: “Ahora, muchacho, todo depende de ti. ¡A trabajar, y no se te ocurra malgastar el tiempo!”.

Suponemos que el muchacho, agradecido, se entregará con toda su alma a los estudios, sacará la carrera con matrícula de honor y llenará de satisfacción y alegría el corazón de su benefactor.

Y ¿vamos a hacer menos nosotros que ese muchacho? ¿Despreciaremos los increíbles recursos dados por nuestro Benefactor celestial? ¿Echaremos a perder las inmensas posibilidades que Dios nos brinda?

No olvidemos que este planeta Tierra es nuestro “Harvard”, diseñado por Dios para prepararnos para el Cielo. Y toda la vida cristiana, en el hogar, en la calle, en el trabajo o en la iglesia, son el campo de trabajo donde nos estamos preparando para ese otro mundo sobrenatural donde los horizontes son ilimitados y las posibilidades indescriptibles: *“Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Co 2.9)*.

Añadiendo virtudes a nuestro carácter cristiano (2 Pedro 1:5-8)

En el estudio anterior vimos que Dios desea formar el carácter de Cristo en nosotros, y ahora vamos a ver en qué consiste exactamente eso. Pedro comienza diciendo:

“Añadid a vuestra fe virtud” (2 P 1:5)

La palabra que aquí se traduce como “*virtud*” es la misma que en el versículo 3 es traducida por “*excelencia*”. Allí se trataba de una de las características de Cristo, y ahora vemos que Dios espera que sea algo que se añada también a nuestro carácter.

Ahora bien, para que estas virtudes que brillan en la persona de Cristo se reproduzcan en nosotros, será necesario que primero las entendamos y apreciemos. Para eso es imprescindible que estemos en su presencia observándole, contemplándole y escuchándole hablar. No existe otra manera.

Leer libros y escuchar las experiencias maravillosas que otros han tenido en su relación con él, podrán despertar nuestro interés y nos “darán pistas” para saber cómo encaminar nuestros pies en la ruta a seguir, pero finalmente, tendremos que encontrar al Señor por nosotros mismos, a través de su Palabra, la Biblia, y así aprender a morar con él.

Esa fue la experiencia de los apóstoles. Por ejemplo, en **(Jn 1:38-39)**, encontramos a dos de ellos que cuando conocieron a Jesús le preguntaron: “*Rabí, ¿dónde moras?... Y vieron donde moraba, y se quedaron allí con él*”. Un poco más adelante, Felipe despertó el interés de Natanael y le encaminó en la ruta a seguir, diciéndole: “*Ven y ve*”, pero finalmente, él mismo tendría que ir en busca de esa maravillosa persona **(Jn 1:43-51)**. Y nosotros tendremos que hacer lo mismo.

Notemos que en el versículo 3 de esta epístola, Pedro dice que lo que les atrajo del Señor al principio fue su “*gloria y excelencia*” (o virtud). Y si esa no ha sido nuestra experiencia también, debemos buscar al Señor de todo corazón en las páginas de la Biblia (especialmente en los Evangelios), a fin de que lleguemos a tener una visión de su gloria, porque sólo de esa manera nacerá en nosotros un ferviente deseo de ser como él. Sin esta experiencia previa, difícilmente nos sentiremos inspirados a comenzar la asignatura que tenemos por delante.

Además, tener una visión de la gloria del Señor, tiene una importancia vital por otra razón que nos explicará en los capítulos 2 y 3 de esta epístola. La cuestión que veremos allí es que existe un mundo hostil a nuestro alrededor que está empeñado en impedir nuestro progreso espiritual, y ese mundo tiene mucho brillo, atractivo y gloria. ¿Cómo podremos escapar de su “campo de atracción”? Pues la respuesta es viendo la gloria “*más eminente*” del Señor de la gloria **(2 Co 3:10)**.

“Añadid a vuestra virtud conocimiento” (2 P 2:5)

Alguien puede preguntarse: ¿conocimiento de qué? Pues sobre todo de Dios y del Señor Jesucristo, de sus glorias y excelencias, pero no sólo de eso. También es necesario el conocimiento de los grandes propósitos y proyectos de Dios a través de la historia, de lo que Dios ha hecho, está haciendo y se propone hacer en el futuro. También de sus planes para conseguirlo, y del papel que nos toca desempeñar a nosotros en todo ello. Sólo si

conocemos y entendemos estas cosas, podremos colaborar inteligentemente con Dios, tanto ahora como en el futuro.

Se trata, por lo tanto, de lo que Pablo llama *“lo profundo de Dios”* (1 Co 2:10), *“las cosas de Dios”* (1 Co 2:11), *“las cosas que Dios nos ha concedido”* (1 Co 2:12), *“la mente del Señor”* (1 Co 2:16). Este tipo de sabiduría está más allá del alcance de los sabios de este mundo (1 Co 2:6). Es la sabiduría de Dios, y es para los que han alcanzado la madurez. Y esa madurez nos toca conseguirla a cada uno de nosotros. Es parte de la asignatura.

Pero como ya comentamos en nuestro estudio anterior, Dios nos ha dado todos los recursos necesarios para que podamos alcanzarlo. Tenemos su Palabra y su Espíritu Santo que mora en nosotros con el cometido de revelarnos y ayudarnos a entender estas cosas (1 Co 2:10). Tenemos también libros y la enseñanza de hombres de Dios, tanto del pasado como del presente, cuya experiencia y conocimiento nos pueden ser de gran ayuda. Además, tenemos *“la mente de Cristo”* (1 Co 2:16), de tal modo, que por así decirlo, tenemos la capacidad de leer la mente de Dios, pensar sus pensamientos y entenderlos. Es de esta manera como creceremos en conocimiento y en madurez.

Sin embargo, este conocimiento no viene automáticamente. Requiere por nuestra parte de trabajo, esfuerzo, dedicación y disciplina; lo mismo que para cualquier carrera académica. Y si estamos dispuestos a hacer tales esfuerzos a fin de obtener una titulación académica en este mundo, ¡cuánto más deberíamos estar dispuestos a invertir nuestro tiempo y esfuerzo para esta carrera celestial que nos será útil para toda la eternidad!

“Añadid a vuestro conocimiento dominio propio” (2 P 1:6)

En el versículo 4 Pedro nos ha dicho que vivimos en un mundo lleno de corrupción moral. Esto es como consecuencia de las desenfrenadas pasiones de todo tipo que salen del corazón humano como consecuencia de nuestra naturaleza caída. Y todas estas actitudes pecaminosas encuentran libre circulación por todas las partes de este mundo en el día de hoy. Pueden ser pasiones sexuales (que descaradamente se promocionan hasta la saciedad en nuestra sociedad), o pasiones de cualquier otro tipo. Puede ser la pasión por el poder, la gloria personal, las posesiones materiales, o la pasión por cosas más tenebrosas. Pasiones que saltan la barrera de lo justo, de lo conveniente, de lo decente, de lo moral, y hasta de lo permitido. Pasiones que dan lugar a sentimientos y acciones auténticamente aborrecibles.

Y, por supuesto, no habrá progreso en cuanto al desarrollo de nuestra vida espiritual, de nuestro carácter y de nuestra madurez cristiana, a no ser que huyamos de toda esta corrupción (2 P 1:4).

Pero esto tampoco ocurre automáticamente. Es verdad que tenemos una nueva naturaleza de parte de Dios; el mismo Espíritu Santo mora en nosotros, pero todavía permanece en nosotros la vieja naturaleza, que hará todo lo posible para seducirnos, ponernos la zancadilla y dejarnos fuera de juego.

Por lo tanto, tendremos que disciplinarnos y ejercer dominio propio. Tendremos que huir deliberadamente de la creciente tendencia (aun entre los creyentes), de irse acostumbrando a la corrupción que hay a nuestro alrededor; ya sea en revistas, novelas, televisión, internet, juegos electrónicos, teléfonos móviles o cualquier otra cosa que el diablo pueda usar para promocionar la corrupción en el mundo. No debemos olvidar que al exponernos a ciertas cosas, poco a poco nos vamos acostumbrando a ellas, las

empezamos a ver como normales, y sin darnos cuenta, las aceptamos en nuestras vidas. Así pues, es imprescindible añadir dominio propio a nuestro carácter.

“Añadid al dominio propio paciencia” (2 P 1:6)

Esto no tiene que ver con encogernos de hombros y decir: “bueno, paciencia, ¿qué remedio nos queda?, y soportar los contratiempos con cara de angustia”. Por supuesto que esta no es la idea.

La palabra se puede traducir también por “*perseverancia*”, y consiste en la determinación de persistir en el camino que uno ha escogido pase lo que pase, y hagan lo que hagan los demás. Perseverancia no sólo en los días en que asistimos a retiros especiales, campamentos, cursillos o cosas semejantes cuando estamos rodeados de buena gente, en buen ambiente y mucha emoción. También perseverancia cuando no todo nos resulta favorable, cuando en la vida cotidiana las cosas parecen rutinarias y monótonas, incluso cuando la gente y el ambiente a nuestro alrededor nos es contrario.

Este tipo de perseverancia tiene que ver con lo que el Señor dijo en una ocasión: Una vez que hemos puesto la mano en el arado, no debemos mirar hacia atrás, no importa si el sol brilla o si llueve, si los pájaros cantan o si ruge la tempestad. Porque si no lo hacemos así, no somos aptos para el Reino de Dios (**Lc 9:62**).

Se refiere también a lo que el Señor nos enseña en la parábola del sembrador. Al final, sólo la semilla que cayó en buena tierra dio fruto “*con perseverancia*” (**Lc 8:15**). Y es que no hay otra manera de producir fruto, ni el reino físico ni en el Reino de Dios, si no es con perseverancia. Podemos observar que algunas semillas en la parábola parecían que prometían mucho, pero no perseveraron, y por eso no llegaron a producir fruto.

Por lo tanto, corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, mirando como él lo hizo, hacia el gozo que nos espera más allá (**He 12:1-2**).

“Añadid a la paciencia piedad” (2 P 1:6)

No hay duda de que la “*piedad*” es un concepto importante para Pedro, ya que lo usa cuatro veces en esta corta epístola. ¿Qué significa?

Para muchos esta palabra tiene connotaciones negativas; les suena a religiosidad, beatería, caras largas, limosnas, penumbra, cantos gregorianos y olor a incienso y cera. Y lógicamente, las personas quieren huir de todo eso para poder respirar aire fresco y vivir libres y alegres.

Pero para que conste, el auténtico concepto bíblico de la piedad es muy diferente, y sí tiene que ver con aire fresco, el aire de otro mundo muy superior al que vivimos. Y también tiene que ver con libertad y alegría.

Usaremos una simple ilustración que nos puede ayudar a entender lo que queremos decir. Un buen hermano que yo conocía, hablando en cierta ocasión de una importante decisión que tenía que tomar, me dijo: “Mire hermano, mi esposa y yo somos temerosos de Dios, y queremos hacer su voluntad”.

Esto es exactamente el auténtico sentido de lo que la piedad expresa en la Biblia. Significa tener un profundo respeto hacia Dios, y tenerle siempre delante de nosotros en todos los asuntos de nuestra vida diaria con la intención de hacer todo lo que hacemos conforme a su voluntad y para su agrado. Significa estar siempre conscientes de que

estamos viviendo en su mundo, que él nos ha elegido para una vocación con tremendas posibilidades (**2 P 1:10**), y que ha pagado un enorme precio para que esta vocación se pudiera realizar en nuestras vidas. Significa recordar siempre que en ese Reino eterno para el cual estamos siendo entrenados, se hace la voluntad de Dios (**Mt 6:10**) y no la voluntad de nadie más. Y dicho sea de paso, el caos de este mundo es la consecuencia de que miles de millones de personas viven aquí haciendo su propia voluntad e ignorando la de Dios.

Por lo tanto, si un día vamos a tener una parte activa en la administración de ese glorioso Reino, tendremos que aprender a enfocar cada aspecto de nuestras vidas aquí y ahora en relación a Dios. Esto es la auténtica piedad.

Y es de esta manera como se llega a descubrir la auténtica libertad y alegría. Porque no nos equivoquemos; vivir para uno mismo o para otra persona u otra cosa, es encerrarse en un círculo demasiado pequeño. Nuestro ser interior anhela horizontes más amplios, goces mayores. Busca la trascendencia que sólo se puede encontrar en Dios y en la *“buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”* (**Ro 12:2**). En el aire puro de ese otro mundo celestial.

“Añadid a la piedad afecto fraternal” (2 P 1:7)

El verdadero progreso en nuestra preparación para el cielo implicará auténtico afecto o amor hacia todos mis hermanos y hermanas en la fe. No sólo a los de mi edad, de mi mismo carácter o manera de ser, o de mi mismo nivel social y educación, sino a todos; con todo lo que eso significa e implica en la práctica.

Y que conste que esto no es algo que viene automáticamente con la conversión, sino que es algo que demandará de nosotros un esfuerzo deliberado y constante. Por esa razón está en esta lista aquí. Porque la verdad es que el amor a todos los hermanos no es una cosa fácil de conseguir. A algunos tal vez sí, pero, ¡hay hermanos muy raros! Y en esos casos, el amarles está más allá de nuestras fuerzas naturales. Como alguien ha dicho: “Morar allí arriba, con los santos redimidos, será eterna gloria; pero morar aquí abajo, con los santos conocidos, eso es otra historia”.

Por lo tanto, tendremos que poner toda la diligencia para conseguirlo; día tras día añadiendo ese amor a nuestro carácter por el poder de la naturaleza divina de la cual hemos sido hechos partícipes.

El afecto fraternal es una cualidad imprescindible. Y es también una prueba de la realidad de nuestro progreso y preparación para la alta vocación a que Dios nos ha llamado. Es importante entender y recordar esto, porque es muy fácil adoptar una escala de valores equivocada.

En este sentido, hay que aclarar que ser un gran predicador, viajar por medio mundo, o predicar ante auditorios de miles de personas... nada de todo eso es en sí mismo una prueba de auténtico progreso en la vida cristiana. Los hay que llegan a esos “altos vuelos”, pero en cuanto al amor fraternal demuestran muy poca cosa. Tienen muy poco interés, muy poca paciencia y muy poco tiempo para estar con la gente de a pie. En definitiva, muy poco amor por las personas.

Otros, por envidias personales, pasan la vida sintiendo muy poco afecto hacia otros porque temen que les lleguen a hacer sombra. Y a veces llegan a críticas amargas y otras cosas peores.

¿Y qué de nosotros, los creyentes de a pie? ¿Hay corrillos, favoritismos, críticas y hasta enfrentamientos? Huyamos de todo esto como de una plaga, y poniendo toda diligencia, vayamos añadiendo a nuestra piedad afecto fraternal. Como diría el apóstol Juan: *“Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Jn 3:18)*. *“El que no ama, no ha conocido a Dios” (1 Jn 4:8)*. Como vemos, el asunto es muy serio.

“Añadid al afecto fraternal amor” (2 P 1:7)

Esto es un grado de amor más elevado que el amor que expresamos en el afecto fraternal. Aquí se trata del amor *“ágape”*, es decir, el amor en su máxima expresión, un amor total, desinteresado e incondicional. Un amor que busca el mayor bien de la persona amada. Un amor sacrificado. Un amor que no depende de merecimiento ni de reciprocidad. Un amor que ama porque sí, y a pesar de todo.

Esta es la característica esencial de Dios: *“Dios es amor”* nos dice **(1 Jn 4:8)**, y como sabemos, lo ha demostrado más allá de toda duda posible o contradicción **(Ro 5:8)**. Es el amor con que Dios nos ama **(Jn 3:16)**, y no porque seamos amables o porque lo merezcamos, sino porque Dios es así. Dios es amor, y punto.

Es el amor que Dios derrama abundantemente en nuestros corazones al convertirnos, dándonos la certeza interior de que estamos en paz con él, que el problema de nuestro pecado ha sido resuelto, y que hemos sido perdonados, reconciliados y recibidos por él para siempre **(Ro 5:5-11)**.

Y es este tipo de amor con el cual Dios quiere que nos amemos unos a otros **(1 Jn 4:7)**. Tanto a los que son amables como a los que no lo son. Y sobre todo, es el amor con el que Dios quiere que le amemos a él: *“Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente” (Mt 22:37)*.

El apóstol Pedro nunca olvidó una de las últimas lecciones que aprendió del Señor antes de su partida de este mundo. Lo podemos encontrar en el capítulo 21 del evangelio de Juan. Allí vemos que el Señor le preguntó por tres veces seguidas: *“Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?”*. Pedro fue honesto en su respuesta, y sintiendo que su amor para con el Señor era muy deficiente, no fue capaz de decir que le amaba con el amor ágape. Pero evidentemente, con el tiempo aprendió a amarle más y más, hasta que llegó un momento en su vida cristiana cuando comenzó a hablar del amor ágape a sus hermanos, e incluso, al final, dio su vida por amor a su Señor.

Hoy el Señor nos hace la misma pregunta a nosotros: *“¿Me amas?”*. Y si somos honestos, seguramente tampoco podremos responder inmediatamente usando el término ágape para describir el amor que tenemos hacia el Señor.

Pero no nos desesperemos por ello. Pedro, con todo y ser un apóstol del Señor, se encontró en el mismo caso, y tuvo que aprender a ir añadiendo a su afecto fraternal hasta llegar a amar al Señor de verdad, con todo su corazón, con toda su alma y con toda su mente.

Y nosotros también podemos hacerlo, porque hemos alcanzado una fe igualmente preciosa a la de Pedro **(2 P 1:1)**. Una fe capaz de responder plenamente al Señor y a sus promesas, una fe capaz de echar mano a los infinitos recursos que él nos da precisamente para que podamos vivir la vida cristiana en este nivel que Dios espera de nosotros.

De este modo llegaremos a tener un amor profundo por el Señor, que será la principal motivación de nuestras vidas, y nos llevará a ser transformados de tal manera que

manifestemos ese carácter que Dios busca en nosotros, y que nos hará aptos para el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo en este sentido en el que estamos hablando.

Ahora bien, debemos tener cuidado de que la ilusión por la gloriosa perspectiva de la gloria que Dios nos ofrece en su reino, lleguen a ser la principal inspiración y motivación de nuestras vidas, en lugar de que lo sea el Señor mismo. Si esto ocurriera sería muy triste.

¿Cómo puedo conseguir todo esto en la práctica?

Esta santidad que hemos descrito como un bello carácter que se asemeja al de Cristo, no se conseguirá nunca sentados en casa sin hacer nada. Tampoco se logrará simplemente por leer buenos libros sobre la santidad cristiana o por participar en cursillos bíblicos. La santidad se consigue trabajando y sirviendo concienzuda y activamente al Señor en el temor de Dios.

Esto implica servir, trabajar, ayudar, testificar, amar, perdonar, y volver a amar una y otra vez. Y cuando ya hayamos hecho todo esto, debemos volver a hacerlo una y otra vez más, aunque los demás no lo estén haciendo con nosotros, y aunque aquellos a los que hemos perdonado y les amamos, nos sigan tratando de la misma mala manera.

Cuando servimos al Señor de esta manera, nuestro carácter será puesto a prueba, y se irá fraguando y formando a la semejanza del Señor.

Recordemos que en la parábola que el Señor contó en **(Lc 19:11-27)**, el siervo que tomó en serio el encargo de su señor, se dedicó a servirle con empeño durante todo el tiempo en que éste estuvo ausente. Fue añadiendo una y otra mina a la única mina que su señor le había dado, hasta conseguir llegar a diez minas. A este siervo fiel su señor lo puso sobre diez ciudades.

Y ahora vemos aquí en el capítulo 1 de la segunda epístola de Pedro, que quien tome en serio el encargo del Señor de la Gloria, y le sirva con empeño durante el periodo de su ausencia, añadiendo y añadiendo las bellas características y virtudes de las que hemos estado tratando en este estudio, llegará el momento en el que el Señor le otorgará una amplia y generosa entrada en su Reino eterno **(2 P 1:11)**.

Mirando las cosas eternas (2 Pedro 1:9-18)

En este punto debemos recordar algunas de las cosas que el apóstol Pedro ya nos ha dicho. Un detalle fundamental es que al convertirnos hemos sido hechos participantes de la naturaleza divina, y por lo tanto, disponemos de todo lo que necesitamos para vivir de acuerdo con el modelo que tenemos en Cristo; creciendo siempre y madurando hasta que su carácter se forme en nosotros.

Ahora bien, también consideramos que esa nueva vida que tenemos en Dios, no puede crecer ni se desarrolla sin una correcta comunión con nuestro Señor Jesucristo. Por lo tanto, todo depende de que tengamos una intimidad creciente con Él. Y es la falta de esto lo que provoca que muchos creyentes sigan siendo niños inmaduros con vidas carnales, incluso después de años de convertidos (**1 Co 3:1**).

El creyente que no tenga claras estas cosas en su mente y corazón, siempre tendrá una visión muy limitada, incluso raquítica, de la verdadera vida cristiana, y quedará expuesto a graves peligros.

No podemos olvidar que hemos sido creados con una dimensión de eternidad, y que por lo tanto, necesitamos amplios horizontes delante de nosotros. Así que, si simplemente enfocamos nuestra vida espiritual con una actitud religiosa, nunca podremos ver y disfrutar esos hermosos horizontes que Dios ha colocado delante de nosotros, y fácilmente seremos tentados a buscarlos dentro del mundo, donde, por supuesto, nunca los encontraremos de verdad. ¡Cuánto necesitamos hacer nuestra la oración de Pablo que encontramos en Efesios!

(Ef 1:15-23) “Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.”

Otro detalle importante que no debemos confundir, es que Pedro no nos está hablando en esta epístola acerca del desarrollo de nuestros dones espirituales, sino del desarrollo en nosotros de un carácter espiritual, celestial, auténticamente cristiano (como el de Cristo). Y en este sentido, hay que decir que nadie tiene más ventaja o posibilidades que los demás. Es importante recordar esto. Por ejemplo, una ancianita en la iglesia, que nunca tuvo mucha educación y no parece tener unos dones sobresalientes, puede, por medio de una vida de auténtica devoción al Señor, desarrollar un carácter mucho más apto para el Reino de Dios que un famoso predicador de masas. Siempre es importante tener en cuenta que la escala de valores por la que se rige el Señor es muy diferente de la nuestra. Recordemos el caso de la ofrenda de la viuda pobre y el comentario que el Señor hizo de ella (**Lc 21:1-4**).

Habiendo llegado aquí, ya sabemos de qué manera nos podrá ser otorgada una *“amplia y generosa entrada en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”* (2 P 1:11). Y ahora que ya sabemos lo que significa todo esto, es conviene que dediquemos unos momentos a solas con el Señor para reflexionar sobre todo ello antes de seguir adelante.

Exhortación a prepararse para la vida eterna (2 P 1:12-15)

(2 P 1:12-15) “Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente. Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación; sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado. También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas.”

En estos versículos Pedro expresa de forma elocuente la tremenda importancia y urgencia que tiene para él el tema que está tratando. Y al pensar en ello, nosotros también deberíamos buscar a Dios con ese mismo espíritu, tal como dice el autor de Hebreos: *“Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor”* (He 12:28-29).

Siendo las cosas así, sería una auténtica insensatez que como predicadores estuviéramos predicando un evangelio “light” a fin de promocionar vidas cristianas “light”. Por ejemplo, algunas veces se fomenta la idea de que a la juventud hay que darles cosas entretenidas para que no se vayan de las iglesias. Se dice que ellos no toleran que se les predique mucha Biblia porque esto les aburre. Y puesto que lo que les gusta y entretiene es la música y las coreografías, pues eso es lo que se les da en muchas iglesias. Y además hay que dejarles que ellos dirijan los tiempos de cánticos en la congregación, pero cuando llega el momento de la predicación, muchos de ellos no parecen tener el más mínimo interés en la Palabra.

Actitudes así indican una auténtica tragedia espiritual, tanto en los jóvenes como en los pastores que promocionan este tipo de cristianismo. Es imposible que un cristiano se prepare adecuadamente para ese otro mundo, el Reino eterno de nuestro Señor, si no lee y estudia la Palabra de Dios. Porque ¿en que otra parte se pueden aprender los grandes principios de ese glorioso Reino aparte de la Biblia?

A este tipo de situaciones que describíamos hace un momento es precisamente a lo que apunta el apóstol Pedro cuando dijo: *“Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados”* (2 P 1:9).

Pedro siente una enorme responsabilidad, porque desea ardientemente que las personas sepan qué camino deben seguir para tener *“una amplia y generosa entrada”* en el Reino de Dios. Y no sólo él; también todos los demás predicadores deberíamos tener el mismo ánimo para enseñar con seriedad estos principios bíblicos. Aunque, por supuesto, no sólo los predicadores son responsables, de hecho, cada creyente de manera individual tiene también el deber de escuchar cada día la voz de su Creador que les quiere hablar por medio de su Palabra.

Queda claro que les hacemos un flaco favor a nuestros jóvenes (y también a los mayores), si les damos la impresión de que la vida cristiana consiste en entretenimiento, fomentando entre ellos un cristianismo hueco, carente de sus verdaderos valores: la Cruz, la renuncia, el sacrificio, el esfuerzo y la disciplina. Y esto es especialmente trágico si

desde la misma iglesia es donde se comienza a rebajar la seriedad y dignidad del evangelio de Dios.

¿Qué diríamos si en los institutos y universidades donde van a estudiar nuestros jóvenes se adoptase la misma filosofía, y se comenzase a bajar el listón de las exigencias académicas, de tal manera que en lugar de aprender, sólo se prepararan para ellos actividades que los entretuvieran? Los padres que envían allí sus hijos saben que si un día van a tener la posibilidad de conseguir un buen puesto de trabajo, tendrán que tomar en serio sus estudios, “hincando codos y quemándose las cejas” mientras están allí. ¡No hay otro camino! Tendrán que esforzarse en desarrollar sus actitudes científicas, artísticas, literarias, musicales... para formarse al más alto nivel posible. Deben ser consciente de que su futuro está en juego.

Todos los que somos padres entendemos esta cuestión. Pero ahora debemos hacernos una pregunta muy seria: ¿Van a ser los negocios del eterno Reino de Dios de menor importancia que nuestro futuro laboral en esta vida presente?

El razonamiento es simple: Si un joven malgasta su tiempo durante su época de estudiante, luego no podrá acceder a trabajos de responsabilidad. Y del mismo modo, quien no toma en serio la formación de un verdadero carácter cristiano en este tiempo presente, tampoco estará capacitado para presidir, administrar, dirigir, gobernar o colaborar en las importantes tareas del glorioso y eterno Reino de Dios que nos aguarda.

Los jóvenes pueden recordar aquel incidente cuando el Señor Jesús, con tal solo doce años, se quedó en el templo en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles. Su padres estaban preocupados por él, pero su respuesta fue: *“¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?”*. Él tomó en serio *“los negocios de su Padre”* desde bien jovencito, atendiendo a la Palabra y estando con aquellos que la conocían. Y el capítulo termina diciéndonos que *“Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres” (Lc 2:41-52)*. ¡Qué buen ejemplo para todos nosotros, pero especialmente también para los jóvenes!

Acabamos de ver que el Señor Jesús disfrutaba estando en la Casa y en los negocios de su Padre. Como ya sabemos, la Casa de Dios en este tiempo presente no está en el templo de Jerusalén, sino que como muy bien explicó el apóstol Pablo, es la iglesia local. Leamos lo que le escribió a Timoteo: *“Te escribo, para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente” (1 Ti 3:14-15)*.

A veces los creyentes no tienen mucho aprecio por sus iglesias locales, pero la verdad es que son la Casa de Dios donde nos podemos preparar para nuestra entrada futura en el cielo. Podríamos decir que cada iglesia local es como una Embajada de la Casa Real celestial en un terreno extranjero. Y los creyentes somos embajadores de ese gobierno celestial en este mundo. Estamos aquí para representar y cuidar los intereses del Cielo.

Ahora bien, cuando visitamos una Embajada, rápidamente nos damos cuenta de que intenta reflejar con dignidad y esmero el ambiente, los valores y el carácter del país al que representa. En muchos sentidos, el prestigio de ese país en el extranjero dependerá en gran medida de la imagen que proyecte su Embajada y sus funcionarios.

Y al mismo tiempo, esos funcionarios están siendo entrenados para áreas de servicio mayores. Si son fieles, leales y competentes en la Embajada de un país pequeño, serán promovidos a una Embajada más importante.

Y esto mismo ocurre con cada iglesia local en el plan divino. Son la Casa de Dios y existen para representar y comunicar los intereses del Cielo en este mundo hostil.

Debemos hacerlo con dignidad, dando siempre una imagen de la seriedad y altura que reflejen el carácter del mismo cielo y sirvan para honrar a Dios.

Tomemos estas cosas muy en serio y preparémonos para ese día cuando entremos plenamente en el *“Reino inconvencible”* de nuestro Dios (**He 12:28-29**).

Recordemos que una verdad que subyace a lo largo de toda esta corta Epístola es que este mundo es temporal y un día desaparecerá sin que quede nada de él. Por lo tanto, cualquier creyente que haga la principal inversión de su vida en este mundo, se encontrará un día con que lo ha perdido todo.

Ahora bien, algunas veces los creyentes sostienen una lucha en este punto. Por un lado, este mundo llega a parecerles un lugar estable, mientras que por otra parte, sienten que el día del Señor cuando él hará todas las cosas nuevas, les resulta cada vez más distante y lejano. En esos casos, el mundo temporal que habitamos empieza a tener en nosotros un impacto que no debería tener, y nos sentimos impulsados a vivir para las cosas de este mundo en el tiempo presente, ignorando las realidades eternas de las que nos habla su Palabra.

Muchas de las cosas que Pedro dice en su Epístola tienen que ver con este problema. Por ejemplo, en los versículos anteriores enfatizó el carácter temporal de este mundo desde su propia experiencia personal. Veamos algunos de los términos y expresiones que utilizó: *“Sabido que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado”* (**2 P 1:14**).

La idea aquí es que Pedro sabía que la muerte le podía sobrevenir en cualquier momento y llevarle de repente a ese Reino eterno del cual nos está hablando. Ninguno de nosotros sabemos cuánto tiempo nos queda aquí, así que, debemos *“despertar”* (**2 P 1:13**) y vivir constantemente para ese otro mundo y no para éste.

Es interesante notar que la palabra traducida aquí por *“cuerpo”* es realmente *“tabernáculo”* o *“tienda”*, lo que enfatiza claramente la fragilidad de la vida y su carácter temporal.

Y a continuación nos habla de la Segunda Venida del Señor (**2 P 1:16-18**). Nos dice que será de repente, como ladrón en la noche al que nadie espera (**1 Ts 5:2**) (**Mt 24:42-44**). Veamos pues, dice el Señor, porque nadie sabe la hora a la que él va a venir, sino que vendrá cuando no pensamos.

Y si esto es así en cuanto a la Segunda Venida del Señor en poder y gloria (que es de lo que Pedro está hablando aquí), cuánto más inminente será el Rapto de la iglesia, que no depende del cumplimiento de ningún acontecimiento profético previo, y que por lo tanto podría ocurrir en cualquier momento.

Habiendo considerado la importancia de todo esto, Pedro se esfuerza para que antes de partir de este mundo pueda dejar constancia de estas verdades a sus hermanos, y de ese modo pueda animarles: *“También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas”* (**2 P 1:15**).

Por nuestra parte, debemos escuchar lo que él nos ha dejado escrito por el Espíritu Santo, a fin de que nos preparemos adecuadamente, sabiendo que nuestro progreso en la vida espiritual dependerá de la importancia que demos a estos hechos. No hacerlo sería tener *“la vista muy corta”* (**2 P 1:9**).

El cielo es real (2 P 1:16-18)

(2 P 1:16-18) “Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo.”

En cuanto a ese otro mundo sobrenatural y eterno, Pedro nos asegura en estos versículos que existe de verdad, y que ellos lo pudieron ver con sus propios ojos cuando estuvieron con el Señor en el Monte de la Transfiguración. En aquellos momentos Dios recorrió el velo que normalmente esconde ese mundo de nuestra vista, y pudieron verlo de verdad.

Pedro enfatiza la realidad de ese otro mundo celestial porque está convencido de que si vamos a progresar de verdad en la vida cristiana, tal como ha venido exhortándonos, es imprescindible que previamente estemos convencidos de la realidad de ese mundo eterno, es más, como dice el autor de Hebreos: que vivamos *“mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo”* (He 11:13). Y aún más, tendremos que tener una comunión real y constante con ese mundo, oír la voz de Dios que nos habla desde allí, respirar su aire, apreciar su gloria, y ver las cosas de este mundo desde la perspectiva de ese otro mundo eterno. ¿Cómo se puede hacer esto?

La respuesta la encontramos en el Señor Jesucristo y en la transfiguración, a la que ahora se hace referencia en este texto. Aquel incidente nos enseña que Él podía estar en ambos mundos a la vez. Él es el enlace entre nosotros y ese mundo sobrenatural. En la medida en que tenemos comunión íntima con él, al mismo tiempo estamos teniendo comunión con el Cielo y podemos empezar a disfrutar ya de sus increíbles realidades. Como diría el apóstol Pablo, estamos ya *“sentados en los lugares celestiales con Cristo Jesús”* (Ef 2:6). Ver también (Col 3:1) (He 12:22-24).

Claro está, el mundo moderno se ríe de todo esto. Para ellos la idea de un mundo Sobrenatural y Eterno allí afuera, es un absurdo y lo rechazan enérgicamente. Y por supuesto, creen que nosotros, que creemos en él, somos unos pobres ignorantes, con una visión medieval de las cosas.

Ellos llegan a estas conclusiones porque la ciencia moderna lo rechaza basándose en la filosofía naturalista o materialista, según la cual sólo existe este universo físico que podemos ver. Y partiendo de estas presuposiciones, descartan también cualquier origen divino del universo. Queda claro que Dios no tiene cabida en su concepción del mundo, ni tampoco cualquier cosa que no se pueda ver o medir con sus sofisticados aparatos.

Ahora bien, la verdad es que los científicos no tienen capacidad para comprobar la existencia de otro mundo diferente del nuestro, y por lo tanto, tampoco deberían opinar sobre ello, y mucho menos dogmatizar sobre el asunto tal como hacen constantemente.

Y esto es así porque la ciencia no tiene ningún método ni aparato capaz de detectar una realidad que no sea material. Por eso, cuando se pronuncian sobre temas espirituales, se están extralimitando, porque hablan de algo que está fuera del alcance de su campo de investigación.

Aunque curiosamente, muchos científicos que siguen esta corriente (que por supuesto no son todos), se jactan de que sus conclusiones se basan en evidencias científicas que se pueden verificar, mientras que tratan a los cristianos de tener una fe absurda carente de

cualquier evidencia científica. Pero no debemos dejarnos confundir por su lenguaje altanero y prepotente, porque la verdad es que cuando este tipo de científicos hablan de esa manera, han dejado a un lado la ciencia para elevar sus teorías, basadas en prejuicios, al nivel de dogmas religiosos. Lo que hacen es edificar un gran edificio sobre arenas movedizas. Nunca se podrá sostener frente a una mirada racional y lógica.

Así pues, puesto que ese otro mundo está fuera del alcance de la investigación científica, será necesario que para poder conocer algo de él, previamente Dios tendrá que tomar la iniciativa de revelarse y darnos a conocer cómo es ese otro mundo celestial. Y esto es lo que ya ha hecho de varias maneras, pero de forma suprema en la persona de Jesús, el Hijo de Dios (**He 1:1-3**).

Pero cuando decimos esto, nuevamente surge la oposición, y en esta ocasión desde el campo de los modernos teólogos liberales. Para ellos, lo que ocurrió en el Monte de la Transfiguración, o el nacimiento virginal de Jesús, o la Resurrección de Cristo, solamente son mitos. No se atreven a decir que son mentiras, sino que los califican como mitos. Con esto quieren decir que aceptan que los apóstoles tuvieron experiencias auténticas con Jesús que impactaron sus vidas, pero como no sabían cómo expresarlas, inventaron este tipo de cosas que ellos llaman mitos. Por lo tanto, según su criterio, estos mitos son una especie de parábola que les ayudaban a expresar de una forma gráfica sus experiencias íntimas. Pero claro está, nosotros no debemos tomarlas literalmente, nos dicen, puesto que nada de todo lo que dijeron ocurrió realmente.

Por ejemplo, inventaron la historia del nacimiento virginal de Jesús para comunicar la idea de que él era muy especial para ellos. Lo mismo hicieron con su Resurrección para dar a entender que, aunque estaba realmente muerto, sus enseñanzas e influencia seguían vivas en sus corazones y mentes. Y compusieron el relato de la Transfiguración para dar a entender que Jesús era más grande que todos los profetas que le habían precedido.

Como vemos, la verdad de Dios encuentra feroces enemigos en todas partes. Hay un deliberado interés en multiplicar teorías a fin de encerrarnos en un laberinto imposible en el que terminemos confundidos sin poder ver la verdad de las cosas. Y que duda cabe que el diablo está también detrás de todo esto, orquestando cada cosa a fin de que las personas pierdan la confianza en la Biblia y en la persona del Señor Jesucristo. Si lo consigue, habrá apartado al mundo de la salvación y del disfrute del eterno Reino de Cristo.

Ahora bien, ¿tienen estos teólogos liberales capacidad o autoridad para decidir si lo que los apóstoles escribieron eran verdades históricas literales o simplemente se trataba de mitos? ¿Y cómo podemos saber si las impresiones de los apóstoles fueron reales?

El apóstol Pedro se anticipó a todas estas cuestiones al hablar de la Transfiguración. Notemos lo que él dice exactamente: *“Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad”* (**2 P 1:16**).

Es evidente que Pedro conocía bien la diferencia entre un mito o fábula, y un hecho real, histórico y literal. Y lo que él está afirmando con toda claridad aquí, es que lo que vieron y escribieron fueron hechos reales que pudieron contemplar con sus *“propios ojos”*. La cuestión queda completamente zanjada, y ningún crítico moderno tiene autoridad para decir que realmente no vieron lo que vieron, o que estaban hablando de mitos cuando Pedro mismo dice que no lo estaba haciendo. Es más, el mismo Señor Jesucristo les había anunciado unos días antes que algunos de ellos *“verían el Reino de Dios”* (**Mr 9:1**).

Habiendo dejado esto claro, terminamos este estudio recordando qué es lo que los apóstoles oyeron exactamente mientras estuvieron en el Monte de la Transfiguración.

Pedro nos lo explica: *“Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia”* (2 P 1:17).

Con esto nos quiere decir que en Cristo tenemos la vida que debemos imitar si deseamos llegar a ser cristianos maduros, preparados y competentes. Sólo así dejaremos de ser niños fluctuantes, superficiales e inestables.

Notemos también que cuando Mateo, Marcos y Lucas recogen en sus evangelios estos hechos, añaden la recomendación divina: *“A él oíd”* (Mt 17:5) (Mr 9:7) (Lc 9:35).

Efectivamente, si queremos saber la verdad de las cosas, tenemos que escuchar a Cristo. Sólo él puede librarnos de este caótico mundo en el que vivimos, lleno de opiniones, ideas, teorías y filosofías de todo tipo y color, que siempre están cambiando y chocando unas contra otras como las olas de un turbulento mar, y que tienen como fin confundirnos para que nunca lleguemos a escuchar la voz del Hijo de Dios que nos trae la verdad absoluta, infalible e inmutable. Sólo en él encontramos el sólido faro de luz inextinguible que puede guiarnos en el viaje de esta vida hacia ese otro mundo celestial y eterno.

Tenemos la palabra profética más segura (2 Pedro 1:19-21)

Introducción

Al terminar nuestro último estudio veíamos que si de verdad queremos prepararnos en la vida presente para ese glorioso mundo venidero del que Pedro nos ha estado hablando, será necesario escuchar a Cristo. Los apóstoles lo pudieron hacer cuando estaban con él en el Monte de la Transfiguración, o a lo largo de todo su ministerio terrenal, pero nosotros no tenemos esa opción. ¿Cómo podemos oír entonces sus palabras?

Por otra parte, Pedro nos ha asegurado la realidad de la existencia de otro mundo sobrenatural y eterno más allá del nuestro. Lo ha hecho aduciendo a su propio testimonio personal. Tanto él como los otros apóstoles pudieron ver con sus propios ojos algo de la gloria de ese mundo venidero en el Monte de la Transfiguración. Él ya ha insistido en que no se trata de ningún mito, sino de una experiencia real y literal. Ahora bien, el apóstol quiere que nosotros estemos plenamente seguros de la realidad de la existencia de ese mundo, y aporta para ello otra prueba adicional.

En esta ocasión él se refiere a *“la palabra profética más segura” (2 P 1:19)*. Esto tiene que ver especialmente con el Antiguo Testamento, pero podríamos incluir la Biblia entera, puesto que todas sus páginas están llenas de esa misma gloriosa verdad.

Por lo tanto, la Palabra de Dios nos garantiza la realidad del glorioso y eterno Reino de Dios, y también es el medio seguro por el que podemos seguir escuchando la voz de Dios.

En estos breves versículos aprendemos algunas lecciones importantes sobre este asunto.

La absoluta suficiencia de las Escrituras

(2 P 1:19) “Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones”

El versículo comienza diciendo: *“Tenemos también la Palabra profética más segura”*. Pero, ¿en qué sentido es *“más segura”*?

Hoy en día hay un sector muy amplio del campo evangélico que da mucha importancia a sueños, visiones y mensajes recibidos por sus profetas desde el más allá. Y ellos piensan que es bueno, y hasta necesario, tener este tipo de experiencias para animarnos en las cosas de Dios. Al fin y al cabo, dicen ellos, esto es lo que tuvieron los apóstoles que acompañaron al Señor en el Monte de la Transfiguración, y a raíz de eso su fe fue confirmada y robustecida. Y nosotros, piensan ellos, también necesitamos lo mismo, porque de otro modo estaríamos en desventaja con aquellos primeros discípulos.

Pero el apóstol Pedro no parece apoyar este punto de vista. Por el contrario, lo que él nos va a decir es que, con la Biblia completa en las manos, ya tenemos todo lo necesario para nuestra información y formación espiritual.

Y notemos bien que Pedro no está diciendo que la Biblia adquiere una mayor validez por medio de las experiencias extraordinarias que ellos tuvieron, como si la Palabra necesitara ser complementada por ese tipo de cosas. No, lo que él afirma es que la Biblia,

por sí misma, sin necesidad de nada más, es completamente fiable y suficiente. Es más, comparada con las experiencias que pudiéramos llegar a tener, siempre sería “*más segura*”.

Este mismo énfasis en la total suficiencia de la Palabra de Dios lo encontramos en muchos otros lugares de las Escrituras. Por ejemplo en **(Jud 1:3) (He 1:1-4) (Jn 14:26) (Jn 15:26-27) (Jn 16:13)**. Y es importante recordar esto en nuestros días, cuando hay tantos que en lugar de estar atentos a lo que la Palabra de Dios enseña, dependen constantemente de sus experiencias. Eso no puede funcionar para producir la santidad en nuestras vidas, ni tampoco para traer la luz a este mundo que vive en densa oscuridad.

Dejamos aquí la exhortación que el apóstol Pablo le hizo a Timoteo:

(2 Ti 3:14-17) “Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.”

La absoluta fiabilidad de las Escrituras

(2 P 1:20-21) “entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.”

En estos versículos encontramos tres cosas de mucha importancia.

La primera es que la iniciativa de escribir las Escrituras nunca fue de los escritores humanos que la escribieron. No fue que Moisés, por ejemplo, decidió un día que sería una buena idea escribir sus memorias porque podrían ser de interés para las generaciones venideras. Al fin y al cabo, había tenido una vida bastante emocionante.

No, Pedro afirma que “*nunca la profecía fue traída por voluntad humana*”. Los autores del Antiguo Testamento (y también los del Nuevo Testamento), “*fueron inspirados por el Espíritu Santo*”. Fue el Espíritu Santo quien tomó la iniciativa, y ellos fueron “*llevados*” o “*impulsados*” en la tarea de escribir las Escrituras, de la misma manera que un barco de vela es impulsado y llevado adelante por el viento que llena sus velas.

Por lo tanto, lo que escuchamos por medio de sus escritos, es la voz de Dios que habla por medio de ellos. Incluso, cuando algunos de ellos tuvieron sueños o visiones, como por ejemplo Daniel, la interpretación de estas cosas también vino de Dios, y no fue fruto de la inteligencia humana del profeta.

Así que, las Escrituras que tenemos hoy en nuestras manos, son totalmente fiables y suficientes para conocer a Dios y su voluntad para nuestras vidas.

La absoluta necesidad de las Escrituras

El secreto de todo auténtico progreso en cuanto a la formación del carácter que Dios quiere en nosotros **(2 P 1:5-7)**, dependerá finalmente del conocimiento que tengamos de Dios, y éste sólo puede venirnos por medio de su Palabra y de una comunión íntima con Él basada en lo que Él nos está diciendo por medio de ella.

No hay otro medio por el cual el carácter de ese Reino celestial y eterno del que Pedro nos está hablando llegue a formarse en nosotros. Sólo en su Palabra podemos encontrar la luz que nos puede guiar hacia esa meta. Si por el contrario buscamos esa información dentro de nuestro propio corazón o inteligencia, cada vez estaremos más lejos del objetivo.

Y esta es la razón última por la que este mundo presente en el que vivimos se encuentra en densas tinieblas: porque han rechazado la Palabra de Dios. Por lo tanto, ninguno de nuestros políticos, filósofos o científicos tienen base alguna para decirnos cómo será ese mundo venidero. Y en su ignorancia, lo único que son capaces de hacer es negar su existencia.

Conclusión

Con estas breves palabras, Pedro quiere exhortarnos a todos nosotros para que veamos la imperiosa necesidad que tenemos de ser hombres y mujeres de la Biblia, porque sólo de ese modo podremos *“hacer firme nuestra vocación y elección”*.

Es vital que nos entreguemos deliberadamente, con seriedad y diligencia, a la formación de una mente profundamente bíblica, como el único medio de ser librados de las tremendas influencias que nos asedian a diario en este mundo incrédulo. ¿Qué ocurrirá si no lo hacemos? Pues que desarrollaremos una mente mundana, tal como lamentablemente muchos creyentes están haciendo en este tiempo.

Nuestras mentes se decantarán por un modelo o por otro, pero de ninguna manera quedarán en blanco. O son llenadas de los valores, ilusiones y los asuntos del Reino eterno de nuestro Señor Jesucristo, o lo serán de los asuntos pasajeros de este mundo. Y si esto último llegara a pasar, podemos decir adiós a la perspectiva de tener *“una amplia y generosa entrada en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P 1:11)*.

Es nuestro deseo que cada uno de nosotros tomemos la decisión correcta. Concluimos con las palabras de un hermoso himno que abunda en estos mismos pensamientos:

¿Ves la gloria de este mundo? – es sombra vana,
Nada tiene de estable, todo se pasa.
Aspira lo celeste, que siempre dura,
Fiel y rico en promesa, Dios nunca muda.

Advertencia sobre la permisividad sexual (2 Pedro 2:1-22)

En el capítulo 1 de esta Epístola hemos visto que el apóstol Pedro ha colocado el énfasis principal en el hecho de que hay un mundo sobrenatural y eterno más allá del que habitamos ahora. Es el glorioso Reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y cada día que pasa estamos más cerca de sus portales de esplendor.

Esto implica que la vida cristiana es una vida de peregrinaje por este mundo presente, mientras nos dirigimos al eterno Reino de Dios (**1 P 2:11**) (**He 11:13**). No somos de este mundo, estamos aquí sólo de paso (**Jn 17:14**), así que, no clavemos las estacas demasiado hondas. Nuestra auténtica ciudadanía está en los cielos (**Fil 3:20**), lo que quiere decir que no podemos adoptar los valores de este mundo presente, sino el de aquel al que pertenecemos y al que nos dirigimos.

Por otro lado, en los estudios anteriores hemos considerado también que nuestro progreso espiritual en el presente determinará qué clase de entrada tendremos en ese glorioso Reino. ¿Será amplia y generosa, o escasa y con pérdida (**2 P 1:11**)? Dios está muy interesado en nuestro progreso espiritual, y desea formar en nosotros un carácter consonante con el carácter de su Reino, para que estemos preparados cuando lleguemos a él. Un carácter maduro y auténticamente cristiano, un carácter semejante al carácter de Cristo (**2 Co 3:18**).

Ahora, en los capítulos 2 y 3, el apóstol Pedro nos va a avisar de manera muy seria de los grandes peligros que vamos a encontrar en nuestro peregrinaje. Se trata de fuerzas de oposición muy poderosas y perversas que están empeñadas en impedir nuestro progreso, y frustrar así el propósito y el programa de Dios. Este programa consiste, como veremos, en el establecimiento del Reino de los Cielos en este mundo con toda su gloria y plenitud. En ese momento, los millones de hombres y mujeres que han creído en Cristo, y han sido transformados por él, compartirán también con él el gobierno de ese nuevo mundo. Eso implicará necesariamente que el poder será quitado a los actuales gobernantes de este mundo, y a las tenebrosas fuerzas de maldad espirituales que actualmente operan en aquí. Pero por el momento, todas ellas están fanáticamente opuestas al Reino de Dios. El apóstol Pablo nos habló de ellas y nos exhortó a usar toda la armadura de Dios para protegernos de ellas. Notemos lo que dijo: *“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”* (**Ef 6:12**).

Esto quiere decir que estas potestades en las regiones celestes saldrán a nuestro encuentro con la intención de resistir nuestro progreso espiritual, ponernos fuera de juego y frustrar así el propósito divino. Sus *“asechanzas”* o *“artimañas”* (**Ef 6:11**) (**2 Co 2:11**) son múltiples, están bien pensadas, y han sido ampliamente probadas en millones de personas a lo largo de los siglos. Por supuesto, detrás de esas fuerzas oscuras se encuentra el principal enemigo de Dios, el Maligno (**Ef 6:16**).

Los falsos profetas y maestros de la antigüedad

Pedro comienza el capítulo 2 recordándonos que en la historia pasada del pueblo de Israel hubieron falsos profetas que hicieron mucho daño al pueblo de Dios. En (**2 P 2:15**) menciona a Balaam hijo de Beor. Aunque hubo otros muchos, éste es al único que se

menciona por su nombre, por lo que pensamos que detrás de su historia se encuentra una lección importante para nosotros también.

Como ya sabemos, este personaje apareció en un momento muy crucial de la historia del pueblo de Israel. Ellos se encontraban en el territorio de Moab, junto al Jordán, poco antes de que terminaran su peregrinaje y entraran en la Tierra Prometida para comenzar su conquista. El relato de la historia de Balaam la encontramos en los capítulos 22 al 24 del libro de Números, aunque las consecuencias de su malvado plan las vemos también en el capítulo 25. Leamos el resumen que hizo Moisés de sus diabólicos consejos:

(Nm 31:15-16) “Les dijo Moisés: ¿Por qué habéis dejado con vida a todas las mujeres? He aquí, por consejo de Balaam ellas fueron causa de que los hijos de Israel prevaricasen contra Jehová en lo tocante a Baal-peor, por lo que hubo mortandad en la congregación de Jehová.”

Como vemos, Balaam buscó por todos los medios posibles hacer tropezar al pueblo de Dios, y finalmente lo consiguió, haciéndoles un enorme daño que detuvo seriamente su progreso. De hecho, de no haber sido por el sincero arrepentimiento del pueblo, el desastre habría sido incalculable.

La lección para nosotros es clara y pertinente. No obstante, alguien podría cuestionarlo, diciendo que se tratan de viejas historias de un pasado remoto que ya no tienen ninguna relevancia para el hombre moderno del siglo XXI. Pero en ese caso, recuerden lo que dijo el apóstol Pablo: *“Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos” (1 Co 10:11).*

Por lo tanto, este desaste espiritual que sufrió el pueblo de Israel en el pasado, ha quedado recogido en las páginas de las Escrituras para enseñarnos lecciones de vital importancia a nosotros. ¿Cuáles son estas lecciones?

Empecemos por recordar brevemente la historia. Israel había sido redimido de Egipto, del poder de Faraón y del juicio de Dios, por medio de la sangre del cordero pascual. En aquella terrible noche cuando Dios visitó con juicio al pueblo egipcio, rompió por fin la resistencia de su despótico gobernante y dio libertad a Israel.

Pero la historia no terminó ahí. Dios les dijo que al otro lado del desierto él tenía una gloriosa herencia esperándoles; un país que fluía leche y miel había sido reservado para ellos. Ninguno de los israelitas lo había visto, pero lo creyeron. Y entendieron también que para tomar posesión de esa herencia, no podían permanecer sentados con sus brazos cruzados mirando las estrellas allí donde estaban. Era necesario que emprendieran un viaje a través del desierto que los separaba de su herencia, avanzando paso a paso, kilómetro a kilómetro, progresando diariamente hasta llegar por fin a ese glorioso país que Dios les tenía reservado más allá del río Jordán.

Ellos emprendieron el viaje, un viaje lleno de pruebas, peligros y vicisitudes de todo tipo; permitidas por Dios para que su pueblo llegara a conocerle mejor, y aprendieran a confiar plenamente en su poder, sabiduría, recursos, promesas, propósitos y gran fidelidad. Todo con el fin de que llegaran a ser de verdad el pueblo de Dios, capaces de tomar plena posesión de la herencia preparada para ellos, y ser canales de la bendición y salvación de Dios para las naciones paganas de alrededor, que se encontraban sin Dios y sin esperanza.

Y es justo allí, cuando se encontraban en el desierto, tratando de progresar hacia la Tierra Prometida, cuando de repente aparece en el escenario el malvado rey de Moab, un tal Balac, que estaba empeñado en impedirles el paso. Balac temía, y no sin razón, que si este pueblo llegara a establecerse en Canaán, sería el fin de su dominio en toda esa

zona. Así que mandó venir a Balaam, al que ofreció mucho dinero para que por medio de sus hechicerías los maldijera con el fin de poderles derrotar y echarles de allí.

El texto bíblico nos presenta a estas dos siniestras figuras, el rey Balac y su cómplice, el falso profeta Balaam, juntos en las alturas de un monte observando al pueblo de Israel con la intención de detenerles y vencerles por medio de sus encantamientos diabólicos.

Pero Dios no lo permitió. Todos los poderes del infierno juntos nunca podrían frustrar los propósitos de Dios. Él había escogido y redimido a su pueblo, y no los iba a abandonar nunca, ni cambiaría sus planes y proyectos para con ellos, a pesar de sus muchos fallos e infidelidades. Así es el Dios de Israel y el nuestro. Un Dios completamente fiel a su pueblo y a sus propósitos. Y por supuesto, totalmente capaz de cumplirlos pase lo que pase.

Por todo eso, vemos que Balaam no pudo maldecir al pueblo y frustrar los propósitos de Dios. Pero él no se dio por vencido. Balaam recurrió a una estrategia diabólica de mucha sutileza, que sigue teniendo una tremenda resonancia también para nosotros en el día de hoy, si es que tenemos oídos para oír.

¿Cuál fue la estrategia de Balaam? Él aconsejó a Balac que usara como “cebo” a sus bellas jóvenes para seducir sexualmente a los varones israelitas para que fornicaran con ellas **(Nm 25:1-2) (Nm 31:15-16)**. Y así ocurrió. Las jóvenes moabitas, guapas, simpáticas y bastante atrevidas, salieron al encuentro de los jóvenes israelitas. Ellas pertenecían a una cultura con costumbres muy diferentes, más relajadas, vestidas de una forma más moderna y provocativa que las chicas israelitas. Y por supuesto, no tenían tampoco tantos tabúes en cuento a lo sexual. Eran jóvenes liberadas en todos esos sentidos.

Ellas invitaron a los muchachos israelitas a algún tipo de encuentro social “amistoso”. Y allí comieron y bebieron en un ambiente distendido y seductor. Después de esto vinieron otras invitaciones, y poco a poco fueron persuadidos a tomar parte en alguno de sus actos religiosos paganos. Pero claro está, en su religión, la fornicación no sólo estaba permitida, sino que se animaba a practicar la inmoralidad sexual como algo natural y agradable. Finalmente, aquellos jóvenes terminaron acostándose con ellas.

El daño causado al pueblo de Israel por esta malvada artimaña del falso profeta Balaam fue inmenso. El Nuevo Testamento dice que Balaam puso tropiezo a los hijos de Israel, y ¡vaya si lo hizo! Veinticuatro mil personas cayeron como consecuencia de la acción disciplinaria de Dios. Y como ya hemos dicho antes, si no hubiera sido por el sincero arrepentimiento del pueblo, sólo Dios sabe en qué tipo de desastre hubiera terminado la cosa.

Ahora, antes de seguir adelante, debemos notar los puntos de convergencia que esta historia del pueblo de Israel tiene con nuestra propia situación actual.

Porque no debemos perder de vista que esa historia tiene un poderoso mensaje también para nosotros. La fornicación (cualquier tipo de relación sexual ilícita, ya sea prematrimonial o extramatrimonial), es un pecado que Dios reprueba, y que tiene consecuencias desastrosas a nivel de nuestra vida cristiana aquí, y también repercusiones negativas y eternas en ese otro mundo celestial al cual nos dirigimos. Y debemos prestar especial atención a ello, puesto que vivimos en medio de una sociedad que practica, promueve y hace alarde de todo este tipo de inmoralidad sexual. La “nueva moralidad” a la que nuestra sociedad se ha volcado de una forma desenfrenada, tiene como nota predominante la permisividad sexual. Se promueve por todas partes; en el cine, la televisión, revistas, novelas, internet y hasta en la publicidad. La inmensa mayoría de los personajes que llenan las pantallas de las televisiones y ordenadores, y que tienen fascinadas a las masas, viven bajo esos principios y se glorían de ello.

Pero esta “nueva moralidad”, que ha roto con los esquemas y valores que antaño se consideraban correctos y decentes en nuestra sociedad, no tienen nada de “nuevo” ni de “moralidad”. No es ni más ni menos que la “vieja moralidad” de siempre. Tan vieja como es la historia del mundo y de la humanidad.

Una inmoralidad que en varias ocasiones ha llevado a drásticas intervenciones de juicio de parte de Dios sobre los que descaradamente la practicaban. Por ejemplo, el castigo del diluvio, vino cuando *“viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas” (Gn 6:2)*. Y Dios tuvo que intervenir debido a que la maldad de los habitantes de la tierra había desbordado ya todos los límites posibles. Y lo mismo ocurrió con las ciudades de Sodoma y Gomorra, notorias por su increíble perversidad moral, donde se entregaban sin vergüenza a los actos sexuales más depravados que podamos imaginar.

Y esos juicios, que ya han ocurrido en la historia de nuestro mundo, son, nos dice Pedro, un solemne aviso que anuncia y garantiza la realidad de que va a haber un día de juicio universal que marcará el final de la historia humana, un juicio del cual no escapará nadie.

Pero estos juicios que ya han tenido lugar en nuestra historia, sirven también como solemnes avisos de que no es necesario llegar al día del juicio final para que Dios manifieste antes su profundo desacuerdo con el desenfreno moral de nuestros días, y que puede intervenir en juicio en cualquier momento, como ya hemos visto.

Por ejemplo, el historiador Gibbon, en su obra magistral sobre la caída del Imperio Romano, cita la tremenda degeneración moral que llegó a caracterizar la sociedad romana, como una de las razones por las que se produjo su inexplicable colapso, mucho antes de que sucumbieran ante las hordas bárbaras. Su desenfreno sexual carcomió sus almas y espíritus, de tal manera que cayeron sin remedio, como cae la fruta podrida del árbol cuando sopla un poco de viento.

¿Y no será posible que nos encontremos ante una situación similar en nuestros días? Parece que el mismo enemigo está golpeando fuertemente a las puertas de un mundo sumido en el mismo tipo de desenfreno moral que ocasionó otros juicios de Dios en el pasado. Un mundo sin convicciones ni valores, con el espíritu y el alma carcomidos, podridos y listo para caer.

Y ante tales juicios en la historia, ¿qué diremos? ¿Que todo eso ocurrió como consecuencia de simples causas naturales? La Biblia afirma que fue la consecuencia de la actividad del Dios que está sentado sobre su Trono en el Cielo (**Sal 103:19**), y que tiene pleno dominio en el reino de los hombres (**Dn 4:32**).

Como creyentes sabemos y creemos que Dios está sentado en su Trono, y que no mira este mundo como un observador pasivo, sino que interviene en su gobierno providencial con el fin de avisar, contener y cumplir sus propósitos eternos.

Y siendo así, pidamos a Dios que nos mantenga firmes como fieles testigos suyos en medio de una *“generación adúltera y pecadora” (Mr 8:38)*. Porque si nos avergonzamos de él y de su Palabra en el día de hoy, él también se avergonzará de nosotros *“cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles”*.

Líderes religiosos falsos de la actualidad

(2 P 2:1-3) “Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción”

repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme.”

Si no fuera un mal suficientemente grande el vivir en una sociedad que está cada vez más sumida en los perversos valores de la “vieja inmoralidad”, Pedro nos avisa de que el mal se ha introducido también dentro de su propia casa, su Iglesia, lo cual es mucho más peligroso y dañino.

Pedro anunció que aparecerían (y de hecho ya han aparecido) dentro de la misma Iglesia de Cristo, líderes religiosos falsos, cuyas vidas y enseñanzas están ayudando poderosamente a esas *“huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”* (Ef 6:12) para llevar a cabo su labor de impedir el progreso del pueblo de Dios hacia su meta y frustrar así los magníficos propósitos de Dios para su futuro.

El mismo Señor había alertado a sus discípulos sobre el hecho de que surgirían entre ellos falsos profetas, que se presentarían como inocentes ovejas, pero que por dentro serían lobos feroces que harían mucho daño al pueblo de Dios (Mt 7:15). Y el apóstol Pablo repitió lo mismo en (Hch 20:29), diciendo que *“después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño”*. Todo esto debe llevarnos a tomar conciencia de la gravedad del asunto.

¿Cuáles son las características de estos falsos profetas?

I. La permisividad sexual

En el capítulo 2 de esta Epístola de Pedro hay un marcado énfasis en cuanto a que estos falsos líderes justifican, fomentan, predicán y hasta practican la permisividad sexual.

En (2 P 2:2) dice: *“Y muchos seguirán sus disoluciones”*. Es interesante notar que la palabra *“disoluciones”* es la misma que otras ocasiones se traduce como *“lascivia”*, y que vuelve a ser empleada en el versículo 7 para describir la *“nefanda conducta de los malvados”* de Sodoma y Gomorra, o como dice otra traducción, *“la vida en lascivia de los inicuos”*. En ese contexto queda claro que nos está hablando de una vida entregada a actos sexuales ilícitos.

La misma idea vuelve a aparecer en el versículo 10: *“andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío”*. Y vuelven a ser descritos en el versículo 14 como personas que están entregados a sus apetitos sexuales ilícitos: *“Tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar”*. En el versículo 15 son comparados con Balaam, que como ya hemos considerado, aconsejó al malvado rey Balac a usar a las jóvenes moabitas para seducir y practicar sexo con los muchachos israelitas. Y otra vez más en el versículo 18: *“Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error”*.

Por lo tanto, una de las principales características de estos falsos líderes religiosos es la defensa, justificación y propagación de lo que la Biblia describe con inmoralidad sexual.

Puede parecer increíble que este tipo de cosas puedan ocurrir dentro del cristianismo, pero veamos algunos ejemplos.

Leyendo el libro de Apocalipsis nos damos cuenta de que la enseñanza de Balaam ya se había introducido en la Iglesia en los tiempos del apóstol Juan. El Señor le dice a la iglesia de Pérgamo: *“Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la*

doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación” (Ap 2:14).

Y esto que aquí es descrito como la “*doctrina de Balaam*”, existe hoy con más fuerza que nunca. Veamos lo que dice William MacDonald en su Comentario al Nuevo Testamento: “No es ningún secreto que los falsos líderes religiosos, que se hacen pasar por ministros de Cristo, se caracterizan a menudo por bajas normas morales. No sólo se gozan ellos mismos en actividades sexuales ilícitas, sino que abogan abiertamente por el libertinaje. El Capellán Episcopal de una escuela de señoritas en Baltimore, Maryland, escribió: Todos tendríamos que relajarnos y dejar de sentirnos culpables por nuestras actividades, pensamientos y deseos sexuales. Y quiero decir esto, tanto si estos pensamientos son heterosexuales como si son homosexuales o autosexuales... El sexo es divertido... y esto significa que no hay leyes adjuntas que se deban cumplir o no cumplir. No hay reglas de juego por así decirlo”.

“Es cosa significativa que los clérigos liberales están en la actualidad volviéndose más y más defensores de la perversión sexual. Un funcionario de la Iglesia Unida de Cristo, escribiendo en Social Action, recomendaba que la iglesia dejase de discriminar a los homosexuales en las admisiones a los seminarios, en las ordenaciones y en el empleo como personal de la iglesia. Noventa y nueve sacerdotes Episcopalianos se pronunciaron recientemente en el sentido de que los actos homosexuales entre adultos que consienten son moralmente neutros. Los falsos maestros religiosos están en la vanguardia de los movimientos para legalizar este pecado”.

A la luz de estos ejemplos no es de extrañar que en una encuesta del año 2006, en los EEUU, el 26% de los que se consideraban evangélicos tradicionales, no veían como un pecado el sexo prematrimonial. El mismo artículo decía que entre los creyentes del Reino Unido, el 9% de los jóvenes de edades comprendidas entre los 18 y 24 años, estaban cohabitando sin estar casados. Y en España, un pastor mencionaba el comentario que a su hijo le había hecho un amigo suyo que no era creyente: “Es muy fácil buscar chicas para el sexo, incluso entre las chicas creyentes”.

Y otro ejemplo más citado por MacDonald:

“No es accidente que esta Epístola, que trata acerca de la apostasía, tenga tanto que decir acerca de la inmoralidad. Las dos cosas van a menudo juntas. La apostasía tiene frecuentemente sus raíces en el fracaso moral. Por ejemplo, un hombre puede caer en un grave pecado sexual. En lugar de reconocer su culpa y de buscar la purificación por medio de la sangre de Cristo, decide deshacerse de su conocimiento de Dios, y vivir en un ateísmo práctico. A.J. Pollock cuenta que una vez se encontró con un joven que había profesado ser cristiano, pero que ahora estaba lleno de dudas y de negaciones. El señor Pollock le preguntó: Amigo mío, ¿a qué pecado te has estado entregando últimamente? El joven bajó la cabeza, llevó la conversación a un rápido fin, y se fue avergonzado”.

Este último caso sirve para ilustrar y confirmar la lección principal de este capítulo: el pecado sexual es grave ante los ojos de Dios porque, entre otras cosas, paraliza el progreso espiritual en la vida del que lo practica. Y esto es realmente trágico, ya que tendrá repercusiones negativas eternas. De ahí los constantes avisos de Pedro para que *“os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1 P 2:11) (1 P 1:14) (1 P 4:2-3) (2 P 1:4)*. Y también de los constantes avisos contra los líderes religiosos falsos que justifican y promocionan esos deseos carnales *(2 P 2:1,10,18) (2 P 3:3)*.

La cuestión es tan seria que el castigo de estas personas será drástico e ineludible. Entre otras razones porque el daño que hacen sus enseñanzas y conducta en las vidas de los que se dejan influenciar por ellos es tan grande, que su progreso en el camino hacia el

eterno Reino de Dios se ve comprometido seriamente: *“Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado” (2 P 2:2)*.

Pero esta enseñanza daña también muy seriamente al Evangelio. Al fin y al cabo, el ser humano es un ser moral, con una conciencia que le ayuda a discernir lo que está bien y lo que está mal. Y aunque llegue a endurecerse y justificar su propia conducta inmoral, sabe que los que profesan ser cristianos no deberían comportarse así, y si lo hacen, entonces el evangelio que profesan queda totalmente desacreditado, o como dice Pedro, *“el camino de la verdad será blasfemado”*.

Cuando una persona comienza a interesarse por el Evangelio, antes de llegar a creer en él, está buscando la forma de *“huir de los que viven en el error” (2 P 2:18)*, y esto es porque han empezado a ver con otros ojos la corrupción moral que existe en el mundo. Pero, si cuando han llegado a entender que sus vidas necesitan ser limpiadas y transformadas, en ese momento aparece uno de estos falsos líderes religiosos predicando un “evangelio” que les anima a sentirse libres para dar rienda suelta a sus apetitos sexuales como una cosa normal y hasta saludable, entonces, si se dejan seducir, volverán a la vida de antes, pero como dijo el Señor: *“Su postrer estado viene a ser peor que el primero” (Lc 11:26)*. De estos es de los que trata Pedro en los versículos 17 al 22 de este capítulo.

Una vez vistos los terribles efectos que produce su enseñanza y conducta, no nos extrañan las durísimas palabras que el apóstol emplea en los versículos 3, 9, 12 y 17.

Estas personas resultan ser una especie de “quinta columna” dentro del cristianismo, minando y destruyendo desde adentro. Muchos son los que han escuchado a este tipo de líderes, y sus vidas han quedado completamente arruinadas como consecuencia de ello. Si hay Justicia en alguna parte del Universo, y la hay, estos falsos profetas tendrán que recibir un día el justo pago por sus injusticias **(2 P 2:13)**, porque Dios toma muy en serio estas cuestiones.

Y nosotros, como creyentes, aprendamos que a pesar de que vivimos en días de mucho relajamiento moral, no podemos hacer lo mismo que hace el mundo.

Pero aunque todavía hay más razones por las cuales *“su perdición no se duerme” (2 P 2:3)*, eso lo veremos en otro estudio. Ahora, antes de terminar esta sección sobre la permisividad sexual, hay una cosa más que debemos decir.

Tal vez, ante la seriedad con la que estamos exponiendo este asunto, alguien podría reaccionar pensando: ¡Ay de mí! Si una vez, por descuido, tengo un tropiezo de este tipo, o de cualquier otro, ¿qué pasará conmigo? ¿Estará todo perdido? ¿Tendré que desaparecer de la iglesia y olvidarme de la vida cristiana? La respuesta es un NO rotundo.

Recordemos la historia de Israel en el desierto a la que antes hemos hecho referencia, y no olvidemos tampoco que estas cosas han quedado recogidas en las Escrituras para enseñarnos a nosotros en el día de hoy.

Ahora bien, cuando Israel pecó con las mujeres moabitas, es verdad que hubo un juicio de parte de Dios, pero después de esto el pueblo se arrepintió y pudo seguir adelante. Reemprendieron el viaje y continuaron su marcha hacia la Tierra Prometida.

Leyendo la historia completa de Números, vemos que ocurrieron varias cosas que contienen importantes lecciones para nosotros:

La primera es que Dios les disciplinó, y como consecuencia de ello murieron 24.000 personas **(Nm 25:9)**. Les disciplinó, no porque no estuviera con ellos, sino por todo lo contrario. Claro que estaba con ellos, pero por esa misma razón debían entender que no

se puede vivir en la presencia de Dios y permitir el pecado. Era imprescindible, por lo tanto, que aprendieran la necesidad del arrepentimiento en esos casos.

Y Dios actúa de la misma manera con su pueblo en el día de hoy. En **(1 Co 10:8-12)** nos avisa seriamente acerca de la posibilidad de caer en el mismo tipo de pecado que ellos, porque la fornicación sigue siendo un pecado muy serio, diga lo que diga nuestra moderna sociedad, y digan lo que digan algunos falsos líderes religiosos.

Y un poco más adelante, en **(1 Co 11:30-32)**, vuelve a asegurarnos que Dios nos disciplinará si permitimos el pecado en nuestras vidas. Por eso somos exhortados a examinarnos a nosotros mismos continuamente, ya que el pecado nos asedia y se introduce en nuestras vidas con gran sutileza y de mil maneras.

Como hemos visto, finalmente el pueblo de Israel reaccionó y se arrepintió, emprendiendo la batalla contra aquel enemigo que tanto daño les había ocasionado. Vemos que Finees, hijo del sumo sacerdote, tomó una lanza y ejerció la disciplina necesaria, de tal manera que la mortandad se detuvo **(Nm 25:7-8)**.

Y en el Nuevo Testamento Dios nos enseña que hemos de hacer lo mismo. Por supuesto, no con armas de metal, sino con armas espirituales. Hemos de hacer morir por el Espíritu Santo las obras de la carne **(Ro 8:13)**. Y en Efesios se nos exhorta a tomar la espada del Espíritu, que es la Palabra del Señor, para luchar contra esas potestades de maldad en las regiones celestes **(Ef 6:17)**. Por cierto, notemos una vez más la tremenda importancia que la Palabra de Dios tiene para conseguir una vida cristiana victoriosa. Es necesario cultivar una mente profundamente bíblica como única forma de acabar con una mente mundana que nos conducirá al desastre.

Por último, el capítulo 31 de Números nos relata que consiguieron una gran victoria sobre los moabitas y también una gran cantidad de botín. Al final, después de ese proceso de disciplina, fueron grandemente enriquecidos, y los propósitos de Dios para ellos siguieron su curso. Esto es lo que Dios quiere, y lo hará en nuestras vidas si le dejamos.

Así que, ¡ánimo, hermanos! Aunque Dios tenga que disciplinarnos alguna vez, no olvidemos que él sigue estando por nosotros, y si hay un arrepentimiento genuino, también hay perdón. Todo esto nos ayudará a salir fortalecidos en esta lucha, y nuestras vidas serán enriquecidas. Así es la maravillosa gracia de nuestro Dios. ¡Sirvámosle, pues, con gratitud y con todas las fuerzas de nuestro ser!

Falsos líderes espirituales (2 Pedro 2:1-22)

Continuamos ahora considerando algunas de las características principales de los falsos líderes espirituales de los que nos habla el apóstol Pedro en su segunda Epístola.

“Niegan al Señor que los rescató” (2 P 2:1)

Tal como estos líderes son descritos aquí podríamos pensar que se trata de auténticos cristianos, pero lo cierto es que no lo son. En el versículo 3 se dice de ellos que *“sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme”*. Pero entonces, ¿por qué dice que el Señor *“los rescató”*?

Para entenderlo nos puede ayudar una parábola que el Señor Jesucristo contó y que encontramos en **(Mt 13:45-46)**. Allí vemos a un hombre que compró un campo entero para conseguir una preciosa perla que había en él. Por supuesto, estas parábolas fueron diseñadas para enseñarnos cosas espirituales que pertenecen a un nivel mucho más elevado, cosas que tienen que ver con el Reino de los Cielos.

En este caso, el campo representa a este mundo presente en el que vivimos, y que pertenece al Señor por derecho de creación. Ahora bien, allá en los umbrales de la historia humana, el diablo entró en el escenario y sedujo a Adán, el virrey que Dios había colocado para administrar y cuidar el mundo de Dios. Como consecuencia, el diablo se convirtió en el *“príncipe de este mundo”* **(Jn 12:31) (Jn 14:30) (Jn 16:11)** y se hizo con su control. Pero por su muerte en la Cruz, el Señor Jesucristo ha *“echado fuera”* al príncipe de este mundo **(Jn 12:31)** y ha comprado el mundo para él. Por lo tanto, ahora podríamos decir que con todo el derecho, este mundo es doblemente del Señor: primero por haber sido su creador, y segundo, por haberlo comprado o redimido.

Volviendo a la parábola de Mateo, notamos que él ha comprado este campo, que es el mundo, con el fin de sacar de él un especial y precioso tesoro. Esto se refiere a su Iglesia, que es presentada aquí como una hermosa perla que adornará las esferas celestiales al lado de su Señor por los siglos de los siglos.

Dios hizo esto con el fin de *“reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz”* **(Col 1:20)**. O en palabras del apóstol Pedro: *“la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo”* **(Hch 3:21)**.

Pero estos falsos líderes religiosos que nos encontramos en esta epístola de Pedro, niegan el señorío del Señor y sus derechos, y lo hacen de varias maneras.

Por un lado, niegan que Jesús es el Señor en el sentido absoluto de la palabra. Es decir, se oponen a la clara declaración de fe que el mismo apóstol Pedro hizo en el primer sermón de la era cristiana: *“Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”* **(Hch 2:34-36)**. Este tipo de personas niegan que Dios ha sentado a su Hijo Jesús en el mismo Trono de los Cielos, reconociendo de ese modo su plena y absoluta naturaleza divina. Por el contrario, les escuchamos decir que Jesús era indudablemente una gran persona, un gran líder religioso, y otras cosas parecidas, pero no que fuera Dios.

Quizá un extracto del prefacio de un libro titulado “El mito de Dios encarnado”, escrito por siete teólogos liberales de la Iglesia Anglicana, puede ilustrar lo que aquellos falsos líderes espirituales del pasado hacían:

“En el siglo XIX el cristianismo occidental adoptó dos modificaciones importantes como respuesta al gran avance del ser humano. Primero reconoció que el hombre es parte de la naturaleza, y que por lo tanto es parte del proceso evolutivo de la vida. Segundo, reconoció que los libros de la Biblia fueron escritos por una serie de seres humanos en circunstancias muy diversas, y que por lo tanto no se les puede conceder la calidad de Inspiración Verbal Divina.

La adopción de estas modificaciones produjo heridas que no se han sanado hasta el día de hoy. Sin embargo, como el saber humano sigue su avance a un ritmo cada vez más acelerado, sigue habiendo una fuerte presión sobre el cristianismo para que continúe adaptándose, hasta tomar una forma que pueda ser aceptada por personas honestas e inteligentes, que se sienten atraídas por la persona de Jesús y sus enseñanzas, pero que no pueden, con integridad intelectual, aceptar muchas cosas que de él se enseñan.

Los escritores de este libro estamos convencidos que ha llegado el momento —casi al final del siglo XX— de introducir otra modificación teológica mayúscula, que se hace necesaria como consecuencia de nuestro actual conocimiento de los orígenes del cristianismo.

Es reconocer que Jesús era —como dice (**Hch 2:21**)— un hombre “*aprobado por Dios*” para realizar un papel especial dentro del propósito divino. Pero el concepto de Jesús que circuló más tarde —que Jesús era Dios mismo encarnado, la segunda persona de la Santa Trinidad, viviendo una vida humana aquí—, esto tiene que entenderse como una forma mitológica o poética de expresar su importancia para nosotros.”

Leyendo estas declaraciones, no cabe ninguna duda de que también en nuestro tiempo sigue habiendo muchos falsos líderes espirituales que niegan el señorío de Cristo.

Pero hay más formas de negar el señorío de Cristo. Por ejemplo, cuando una persona se sube a un púlpito para decir que “tu cuerpo es tuyo y puedes hacer con él lo que te dé la gana, porque nadie tiene el derecho de decirte lo que debes o no debes hacer con tu cuerpo”. Este tipo de cosas implican claramente negar al Señor que los compró, puesto que son enseñanzas que contradicen lo que él mandó: “*¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios*” (**1 Co 6:19-20**).

Un auténtico creyente nunca podrá decir que su cuerpo es suyo, que su vida es suya, que su dinero es suyo, que su carrera y futuro son suyos, porque eso sería negar al Señor que los compró. Por el contrario, un verdadero creyente querrá progresar en la vida cristiana, y dirá como el apóstol Pablo: “*Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos. Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven*” (**Ro 14:8-9**).

Hablan mal de las potestades superiores (2 P 2:10)

Pedro no se refiere aquí a las autoridades de la iglesia. No olvidemos que muchos de los falsos líderes de los que está hablando serían autoridades eclesiásticas, y suponemos

que no van a hablar mal de sí mismos. Y tampoco parece que se refiera aquí a las autoridades civiles, como vemos en otros pasajes (**Ro 13:1-7**) (**Tit 3:1**).

El apóstol trata aquí de las altas dignidades en las esferas celestiales, tal como traduce la N.V.I.: *“No tienen reparo en insultar a los seres celestiales”*.

Si nosotros habláramos con algunos de estos falsos líderes espirituales, e intentáramos decirles que ellos, del mismo modo que Balaam en el pasado, están siendo usados por importantes poderes espirituales para intentar paralizar el progreso del pueblo de Dios, y frustrar así los grandes propósitos de Dios, se reirían de nosotros. La razón es que no creen en esas potencias espirituales de maldad de las que nos habla (**Ef 6:10-12**). Y, por supuesto, tampoco creen en la existencia del diablo o del infierno. Son personas que ni siquiera creen que exista un mundo celestial y eterno. Todo eso para ellos es como un cuento de hadas, y se ríen y hacen burla de los que sí creemos en ello.

Por lo tanto, debemos tener mucho cuidado con dejarnos influenciar por este tipo de personas, aunque sean muy carismáticos, elocuentes, populares o de gran erudición, porque si lo hacemos, perderemos el auténtico sentido de la vida cristiana. Por supuesto, no en el sentido de la pérdida de la salvación, pero sí en el sentido de la pérdida de toda una vida, y sólo tenemos una. Volvamos a recordar las serias palabras del Señor Jesucristo: *“Pues ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo?”* (**Lc 9:25**).

“Harán mercadería de vosotros” (2 P 2:3)

Sus enseñanzas son populares y se enriquecen como consecuencia de ellas a costa de las almas ingenuas a las que logran engañar para su perdición. Desgraciadamente, todos conocemos demasiados ejemplos de este tipo de cosas.

Últimas observaciones

En primer lugar, es interesante notar cómo este capítulo enfatiza la noción de la vida cristiana como un camino (**2 P 2:2,15,21**). Es descrito como *“el camino de la verdad”*, *“el camino recto”* y *“el camino de la justicia”*.

¡Efectivamente! Al convertirnos entramos por la puerta (**Mt 7:13-14**), pero esto sólo es el comienzo de un largo camino que debemos seguir. De esto se deducen dos cosas. La primera es que hay una puerta, que es Cristo, y también hay un camino por el que debemos andar y progresar en las cosas de Dios para prepararnos adecuadamente para ese mundo celestial que nos espera.

Ahora bien, se puede caer en varios errores en cuanto a esto. Por ejemplo, tanto el Señor en Mateo capítulo 7, como Pedro aquí, nos están avisando de que en el camino saldrán a nuestro encuentro líderes religiosos falsos que querrán desviarnos a fin de interrumpir nuestro progreso espiritual.

Vemos, pues, con toda la armadura de Dios bien colocada (**Ef 6:13-20**). Es muy triste encontrarse con personas que en otro tiempo fueron muy activas en las cosas de Dios, y que por las enseñanzas de algunos de estos falsos líderes en cuestiones teológicas, se encuentran hoy completamente fuera de juego. El asunto es realmente muy serio.

Aun así, no debemos desanimarnos, porque tal como dice (**2 P 2:9**), *“sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio”*. Pero para eso es necesario vivir siempre cerca del Señor.

El día del Señor vendrá (2 Pedro 3:1-18)

Introducción

En los capítulos anteriores el apóstol Pedro nos ha animado a tomar en serio nuestra vida cristiana. Su enfoque se basa en el hecho de que este mundo presente en el que vivimos es temporal, y que siendo cristianos, debemos comportarnos en él como peregrinos que nos dirigimos al Reino eterno de nuestro Señor Jesucristo. Por lo tanto, el tiempo que pasamos aquí debemos aprovecharlo para prepararnos para ese otro mundo celestial.

Pero hemos considerado también que este peregrinaje no está exento de peligros. El apóstol nos ha advertido de que esos peligros no se encuentran únicamente en el mundo, sino que se han infiltrando en la propia iglesia cristiana. Se trata de falsos profetas que se presentan como auténticos líderes espirituales, y que con sus artimañas logran engañar a muchos (**2 P 2:2**).

Ahora, al llegar al capítulo 3, Pedro nos avisa de que muchos de esos falsos maestros gozarán de prestigio dentro de la “falsa ciencia”. Notemos bien la sutileza diabólica de esta táctica. El gran enemigo de Dios usa a gente profesional, con estudios, carreras y títulos impresionantes, para confundir a aquellos cristianos sencillos que no tienen el mismo nivel académico que ellos.

Pero, gracias a Dios, no todos los teólogos, ni tampoco todos los científicos están de parte del diablo. Y tampoco debemos olvidar lo que dice (**1 Jn 5:5**): “¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?”.

El día del Señor

Haciendo una lectura rápida de este capítulo nos damos cuenta de que el tema central es la Segunda Venida del Señor, o como Pedro la llama, “la promesa de su advenimiento” (**2 P 3:4**), o el “Día del Señor” (**2 P 3:10**).

Pedro ya había hablado del “Día del Señor” en el primer gran sermón de la era cristiana que encontramos recogido en (**Hch 2:14-42**). Allí lo describió como un día espantoso de juicio sobre los moradores de la Tierra, en el cual hasta la misma naturaleza sufrirá terribles convulsiones, y todo el mundo quedará completamente destruido por el fuego. Veamos cómo lo describe Pedro en este capítulo:

(2 P 3:7) “Pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.”

(2 P 3:10) “Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.”

(2 P 3:12) “Esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán!”

Todo esto ocurrirá como consecuencia de la intervención deliberada de Dios en un acto de solemne juicio sobre un mundo endurecido en su rebeldía contra él, moralmente

corrupto y depravado hasta el límite, y que además, a todas sus maldades, añadió el terrible crimen del asesinato del Hijo de Dios cuando vino a este mundo.

Y si realmente hay un Dios en el cielo (y lo hay), y si el Señor Jesucristo es de verdad su Hijo (y lo es), los hombres no pueden hacer lo que hacen y esperar que no haya consecuencias.

Es verdad que han pasado dos mil años y el juicio divino no ha llegado, lo que ocasiona que la gente se burle del “*Día del Señor*”, y muchos creen que nunca va a ocurrir tal cosa:

(2 P 3:3-4) *“En los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación.”*

Las personas no deben dudar de que el juicio de Dios vendrá **(2 P 3:10)**. Pero, entonces, ¿por qué tarda tanto?

Para intentar contestar esta pregunta debemos recordar la predicación del mismo apóstol Pedro en Jerusalén tan sólo siete semanas después de que Jesús hubiera sido crucificado. Allí había miles de personas escuchándole, y él les hizo ver la magnitud del crimen que habían cometido al crucificar al Hijo de Dios, pero ante la sorpresa de todos, les anunció de parte de Dios un mensaje de perdón y reconciliación. Para ello se hizo eco de las palabras del profeta Joel, quien hablando acerca del juicio de Dios les dijo: *“todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo”* **(Jl 2:32) (Hch 2:21)**.

Dios, en su inmensa misericordia, no quiere que nadie perezca **(2 P 3:9)**, y ha abierto un periodo de gracia que todavía dura hasta el día de hoy. Pero finalmente el Día del Señor vendrá **(2 P 3:10)** para juicio y perdición de los hombres impíos **(2 P 3:7)**.

La postura de la falsa ciencia

Frente a estos mensajes proféticos que encontramos en la Palabra de Dios, muchos científicos e intelectuales de nuestro tiempo se burlan, asegurándonos que nada de todo eso va a ocurrir. Nunca, nos dicen, va a irrumpir en la historia de nuestro mundo nada que provenga de un mundo espiritual fuera del nuestro. Y la razón por la que hacen este tipo de declaraciones tan absolutas es, porque según ellos, no existe tal cosa como un mundo inmaterial, sobrenatural y eterno más allá del mundo material que conocemos. Decir que puede existir algo así, nos dicen ellos, son meras supersticiones producto de mentes medievales y anticientíficas.

Por lo tanto, el hecho de que Jesús de Nazaret regrese nuevamente a este mundo en poder y gloria para terminar con el actual orden de cosas e introducir uno completamente nuevo, que incluya cielos nuevos y tierra nueva **(2 P 3:13)**, les parece que es un mito absurdo y no dudan en reírse de aquellos que no piensan como ellos.

El apóstol Pedro, inspirado por el Espíritu Santo, se adelantó a su tiempo para corregir las teorías de estos pretendidos científicos que rechazan la Palabra de Dios. Ellos se basan en la “Teoría de la Uniformidad”. Sobre ella se han construido otras muchas teorías con las que intentan dar una explicación “razonable” a la existencia del universo y de la vida. Por ejemplo, la teoría del Big-bang, o la teoría de la evolución de las especies, se basan en esta teoría. Como vemos, aunque presumen de ser científicos, sólo logran acumular teorías una encima de la otra sin haber llegado a demostrar satisfactoriamente la primera de ellas.

Ahora bien, ¿en qué consiste la Teoría de la Uniformidad? Básicamente dice que todos los procesos geológicos y orgánicos que se han producido en este mundo han sido graduales, uniformes e invariables a través de inmensos periodos de tiempo. Esto implica que estos procesos siempre han funcionado al mismo ritmo, sin que nunca hayan conocido ninguna interrupción o hayan alterado su ritmo gradual y constante.

Según los que defienden esta teoría, llegan a la conclusión de que todas las cosas que conocemos son el producto de una evolución lenta e inalterable. Creen ver ejemplos de todo ello en la sedimentación geológica, la formación de las estalactitas y los cambios genéticos.

Con una cosmovisión así, este tipo de personas ven imposible la Segunda Venida de Jesús irrumpiendo en la historia del mundo y cambiando su curso. Esto les parece una locura que violaría su Teoría de la Uniformidad, que para ellos es una ley física de la naturaleza de carácter inalterable.

Curiosamente, también los teólogos liberales de nuestro tiempo han asumido estas teorías como ciertas y se han lanzado a vaciar la Biblia de todo elemento milagroso, dando por sentado que éstos no pueden existir porque constituirían una negación de leyes físicas, que según esos científicos, no pueden ocurrir. Así que, mutilan el texto bíblico para quedar bien con ese tipo de “ciencia” que se ha constituido en la nueva diosa de nuestros tiempos, y que parece tener la última palabra sobre cualquier asunto relacionado con lo que pasa, ha pasado o puede pasar en este mundo.

Pero estas teorías no son preceptos inflexibles. Es verdad que muchos científicos a lo largo de los años han estado observando el mundo físico y han notado cómo es su funcionamiento normal. Después de eso han llegado a conclusiones dentro de los límites de su área de observación, el tiempo en que han podido vivir, y su capacidad de observación. Esas conclusiones se han convertido para algunos en Leyes. Pero dadas las evidentes limitaciones de todo tipo que los científicos tienen para llevar a cabo sus observaciones, estas conclusiones no deberían ser nunca leyes inflexibles e inalterables.

Por otro lado, cuando se habla de “Leyes” que rigen los procesos normales de la naturaleza, deberíamos asumir que hay Alguien que las ha establecido. No parece lógico pensar que tantos procesos perfectamente coordinados como podemos observar en este mundo, sean el producto de una serie de accidentes, de fuerzas impersonales, de mero azar. Ante estos hechos, lo lógico y científico sería decir que detrás de este orden necesariamente tiene que haber un Dios que ha diseñado y creado el mundo que conocemos colocando sus leyes y teniendo un propósito específico en su mente.

La evidencia es tan grande que lo único que pueden hacer los que no la quieren aceptar es “ignorarla”. Y esto es lo que Pedro nos dice en esta epístola.

(2 P 3:5-6) “Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua”

Ignoran toda la evidencia, y la ignoran con desprecio, porque si la tuvieran en cuenta, tendrían que creer en Dios, y eso no lo quieren hacer. Así que, se lanzan en los brazos de cualquier absurda teoría que les “libre” de creer. Veamos cómo expresó este proceso el apóstol Pablo.

(Ro 1:20-23) “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus

razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles.”

Ahora bien, si hay un Dios en el cielo que ha creado el universo entero con todos sus procesos y leyes físicas (y la ciencia no puede decir que no haya sido así), entonces, ese Dios tiene la capacidad para suspenderlas o cambiarlas cuando él quiera, a fin de llevar a cabo sus determinados propósitos.

Lo hizo hace dos mil años, cuando suspendiendo las leyes normales de la naturaleza, introdujo a su Hijo en este mundo por medio de un nacimiento virginal. Y lo hará nuevamente cuando vuelva a introducir por segunda vez a su Hijo en este mundo con el fin de dar paso al Día del Señor, grande y terrible.

No deberíamos dudar de que Dios tenga el poder y vaya a hacer tal cosa. Pedro nos acaba de decir que este mundo conserva las claras evidencias de una intervención de Dios en el pasado que sirvió para traer un juicio universal sobre el mundo de aquel entonces (**2 P 3:5-6**). Evidentemente, se estaba refiriendo al Diluvio universal, un gigantesco cataclismo, cuyas monstruosas olas barrieron los valles, las llanuras, los montes... arrastrando consigo grandes civilizaciones que habían llegado a un estado de corrupción moral de tal magnitud que fue necesario cortarlas de raíz. Este suceso, nos dice Pedro, rompió por completo la Teoría de la Uniformidad.

Pero sobre esto, los críticos dicen que el Diluvio universal es simplemente un mito, una leyenda, que surgió como consecuencia de una gran inundación local en la región de Mesopotamia, y que se fue exagerando sin control. Pero hay infinidad de evidencias que confirman que *“el mundo de entonces pereció anegado en agua”*, por lo que Pedro dice que *“estos ignoran voluntariamente”*. Esta expresión da a entender claramente que hay una evidencia, pero que la gente prefiere no tenerla en cuenta, así que la suprimen, como si no existiera.

¿Por qué creemos en el Diluvio Universal?

I. Porque lo dice la Biblia

En primer lugar tenemos la Biblia. Es verdad que para algunos este maravilloso libro sólo se trata de viejas leyendas y tontas supersticiones. Pero lo cierto es que la Biblia es un libro serio, que traza con cuidadosa exactitud los momentos más importantes de las actuaciones de Dios con la raza humana a través de la historia. Actuaciones de juicio y también actuaciones de salvación, pero siempre con la mirada puesta en el momento cumbre cuando en el escenario de la historia humana aparecería el Salvador del mundo, Jesucristo, el Hijo de Dios.

Ahora bien, ¿qué crédito vamos a dar a la Biblia? Hay muchas personas que están dispuestas a leer a historiadores antiguos como Josefo y Herodoto y tomar en serio lo que dicen, pero que al mismo tiempo menosprecian los escritos bíblicos.

Pero notemos que el Señor Jesús sí que creyó en la veracidad de todos estos textos, incluyendo el relato de Génesis en cuanto al Diluvio Universal, tal como vemos en (**Mt 24:38-39**). Incluso nos avisó, tal como hizo Pedro en esta epístola, de que era un solemne antecedente del Juicio Final.

Por lo tanto, la cuestión se reduce a lo siguiente: O creemos lo que nos dicen los incrédulos que se burlan de estas cosas, o creemos en lo que nos dice Dios mismo en su Palabra. ¿Quién es más digno de nuestra confianza? ¿El Creador o los hombres? No

olvidemos que los seres humanos, por mucho que sepan de química, física y astronomía, y por muchos diplomas y títulos que tengan, sólo han logrado rascar un poco la superficie de un inmenso y complejo cosmos que les desborda por todos los lados. Hombres, que por otro lado, pronto mueren y se convierten en polvo. Por supuesto, el Creador no tiene ninguna de esas dificultades. Siempre será mejor creer en Aquél que además de haberlo diseñado y creado, es eterno, en lugar de poner nuestra confianza en personas muy limitadas por sus capacidades, y también por sus prejuicios.

2. Porque es confirmado por la tradición

La Real Academia de la Lengua dice que se llama tradición a la transmisión de un hecho antiguo de generación a generación a fin de que su conocimiento no se pierda con el paso del tiempo.

Y así ocurrió con la historia del Diluvio Universal. Es un hecho bien conocido que la historia de un inmenso diluvio, y de una embarcación salvadora, forma parte de la memoria histórica de culturas primitivas por todo el mundo. Citamos unos párrafos de un artículo sobre el diluvio que apareció en la revista Muy Interesante (una revista secular) hace algún tiempo.

“La historia del Diluvio es tan conocida mundialmente como esa otra historia sobre la supervivencia por mar de un hombre y una mujer privilegiados, y acompañados casi siempre por otros miembros de la familia o sus seguidores, junto con diversos animales y plantas para renovar la vida en un mundo devastado. Tan sólo el nombre de Noé y de los diferentes animales que él llevaba consigo varían en las numerosas partes del planeta donde se ha conservado esta leyenda.

Las diferentes versiones locales se asemejan tanto entre sí, que cuando los Españoles llegaron al Nuevo Mundo, descubrieron que tanto las naciones Indias civilizadas, como las tribus selváticas, estaban ya familiarizadas con la épica del Diluvio. Algunos de los conquistadores consideraron ese conocimiento insospechado de la tradición religiosa cristiana, como una simple triquiñuela del Demonio para sembrar la confusión entre los verdaderos creyentes.

Resulta comprensible que un acontecimiento de la magnitud del Diluvio Universal, perviva en la memoria de las generaciones supervivientes”.

3. Por la evidencia geológica

Este planeta refleja de manera visible la realidad de una intervención de parte de su Creador como fue el Diluvio Universal. Citamos ahora las palabras del Doctor Henry Morris:

“Los fósiles no representan un proceso evolutivo larguísimo e indefinido a través de millones de años de la historia del mundo. Los fósiles, más bien, son documentos en piedra que nos hablan de un mundo antiguo, muy similar al nuestro, que fue destruido por una enorme catástrofe global.

Dios ha preservado por toda la faz de la tierra, para que todos lo puedan ver mientras dure el mundo, este tremendo monumento de su soberano control de este mundo que Él ha creado.

Y de la manera que Él pudo destruir el mundo rebelde de entonces mediante las aguas del diluvio, de la misma manera Él reserva los cielos y la tierra que existen ahora, para el fuego en el día del Juicio y de la perdición de los hombres impíos”.

El Doctor Morris era un científico creyente, americano, con un currículum tan largo, que ocuparía varias páginas. Murió hace muy pocos años, y esta cita ha sido tomada de su libro titulado “El nacimiento maravilloso del planeta Tierra”.

Otro libro titulado “El Diluvio del Génesis” escrito por Morris y Whitcomb, y publicado por CLIE, bien merece la pena una cuidadosa lectura. Cubre todos los aspectos de este enorme evento de forma magistral.

En nuestro pasaje bíblico, el apóstol Pedro está usando el hecho histórico del Diluvio, ocurrido en el pasado de nuestra historia, como una prueba de la realidad del juicio futuro que Dios va a ejecutar en este mundo. Algunos ignoran las evidencias del pasado, y hasta las ridiculizan en un vano intento por intentar cambiar lo que ocurrirá en el futuro. Pero nosotros, como creyentes, debemos predicar todos estos hechos que forman parte también del Evangelio de Cristo.

¿Por qué todavía no ha llegado el Juicio de Dios después de dos mil años?

Algunos argumentan que la Iglesia Cristiana ha estado anunciando la Segunda Venida de Cristo durante dos mil años, asegurando muchas veces que las señales que veían a su alrededor indicaban que ya estaba a las puertas, sin embargo, todavía no ha llegado. Por lo tanto, se ríen de nosotros y nos dicen que es hora de olvidarse de esas vanas supersticiones.

El apóstol Pedro nos da dos razones.

En primer lugar nos explica que Dios no mide el tiempo como lo hacemos nosotros (**2 P 3:8**): *“Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día”.*

Y en segundo lugar, si el Señor parece retrasar su promesa, lo hace con el fin de extender su inmensa e inmerecida misericordia, porque él desea que muchos más clamen al Señor y sean salvos antes de que venga el Día del Señor, grande y terrible en el que se terminarán las oportunidades.

¿Cuál debe ser la actitud de los creyentes frente a estos anuncios?

A raíz de la exposición de estos anuncios de juicio, Pedro nos aconseja nuevamente que tomemos la vida cristiana con mucha seriedad (**2 P 3:11-18**). Deberíamos estar redimiendo el tiempo y aprovechando cada oportunidad para progresar en la vida cristiana. Y necesitaremos todo el tiempo que el Señor decida concedernos para ir formando el carácter del cual hemos hablado en estos estudios, e ir haciendo firme así nuestra vocación y elección.

Debemos reflexionar muy seriamente en todas estas cuestiones. Recordemos que el propósito de Dios es que los creyentes redimidos por la sangre de Cristo lleguemos a reemplazar un día a los ángeles que rodean su Trono (excelsos, competentes y fieles ministros suyos), para administrar el Reino. Esto es lo que dice el autor de Hebreos: *“Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando” (He 2:5)*. Pero si hemos de ocupar ese lugar de honor y privilegio, será necesario que ya ahora empecemos a prepararnos, no despilfarrando la vida en nimiedades, cosas sin trascendencia, o incluso mundanas y pecaminosas.

Si para ocupar un pequeño puesto de responsabilidad en un organismo oficial del Estado se requieren personas competentes, con estudios y experiencia, pues ¿cuánto más para la Administración Celestial? ¿O con nuestra actitud despreocupada vamos a darle a Dios la impresión de que lo que él nos ofrece no nos parece que valga la pena? Eso sería un insulto a Dios, y quien así piense, sufrirá una pérdida de la que no se recobrará jamás.

Pensemos brevemente en algunas cosas que están implícitas en el llamamiento y propósito de Dios para nosotros en el futuro:

- Compartir el mismo Trono de Cristo (**Ap 3:21**).
- Tener autoridad sobre las naciones(**Ap 2:26**).
- Juzgar al mundo y a los ángeles (**1 Co 6:2-3**).
- Hacer que todos los dominios se sometan al Reino del Señor (**Dn 7:27**).
- Colaborar con el Señor para convertir el mundo entero en un vergel, en un auténtico Paraíso (**Ro 8:19-21**).
- Anunciar en los siglos venideros a seres celestiales y a generaciones no nacidas todavía, las excelencias y glorias de nuestro gran Dios, por lo que de él hemos aprendido y experimentado mientras estábamos en este mundo; cosas que los ángeles no pueden hacer (**Ef 3:10**) (**1 P 2:9**).

¿Creemos realmente todo esto, o es simplemente una aceptación cerebral teórica que no afecta a nuestras vidas, ni nos hace reajustar toda nuestra forma de vivir y nuestras escalas de valores?

Si no podemos decir un “Sí” de verdad; es el momento de cambiar, y de hacer los reajustes necesarios en nuestras vidas para prepararnos adecuadamente para ese día glorioso.

La necesidad urgente de la hora que vivimos, es la de una generación de creyentes dispuestos a ser gigantes espirituales. Cristianos totalmente dedicados a Dios, y dispuestos a decir “NO” a la impiedad, y a los deseos mundanos, para vivir vidas disciplinadas e íntegras, vidas que honren a Dios en medio de este mundo en el cual vivimos (**Tit 2:12**). Cualquier cosa que tienda a enfriar en lo más mínimo tal clase de determinación y devoción, indicaría un punto de tragedia espiritual en la vida de tal persona.

¡Amén y Amén!